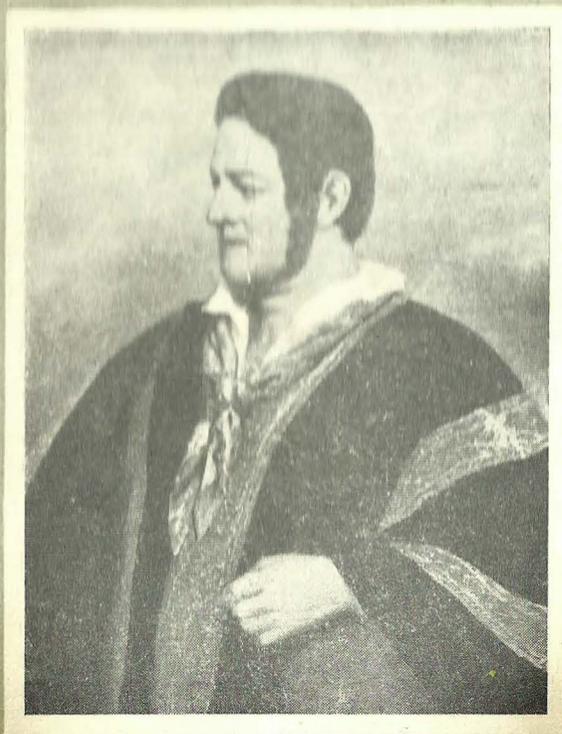


DAVID JAMES / MONVOISIN



DAVID JAMES  
MONVOISIN

EMECÉ EDITORES, S. A.

\$ 8.— m/arg.

“Un gran dolor para los que en Chile aman el arte. El fundador del gusto de la pintura en Chile, el ilustre Monvoisin, ha muerto... El genio del arte revivía en su alma.”

Así se expresaba *El Mercurio*, de Chile, el 16 de mayo de 1870 sobre este artista que tan estrechamente se vinculó con un momento de nuestra historia. La expansión del arte francés y el despertar del interés por la belleza plástica en las naciones de América del Sur deben más a Raymond Quinsac Monvoisin que a cualquier otro hombre de su siglo.

Hombre de gusto y de sensibilidad, pocos pintores han sobrepujado el encanto del primer retrato de la pequeña Blanca, la angustia que escapa de los *Refugiados del Paraguay* y el exotismo a la vez bárbaro y civilizado del *Soldado de Rosas*.

DAVID JAMES

MONVOISIN



---

EMECÉ EDITORES, S.A. - BUENOS AIRES

Traducción de  
CLARA DE LA ROSA

## PREFACIO

ESTA obra ha podido realizarse gracias al trabajo de muchos estudiosos que me han precedido en las investigaciones sobre Monvoisin, y a la generosidad de sus herederos, los cuales han tenido la bondad de poner a mi disposición sus archivos de familia. Así es como he podido hallar todos los datos que reunió, entre 1900 y 1916, el señor Ernesto Labadie, primo bordelés<sup>1</sup> de los Monvoisin, muerto repentinamente, en 1916, antes de haber escrito el libro que hacía tiempo proyectaba. Por informes que nos dieron en Burdeos los señores Meaudre de Lapouyade y Mounastre-Picamilh, dos amigos de Labadie, conseguimos encontrar este archivo precioso, que se ha conservado intacto.

En Francia recibí la ayuda indispensable de los Archivistas de la Ciudad de París, de la de Burdeos y de los museos nacionales de Francia. Por una serie de felices circunstancias conocí a la nieta de Gastón Monvoisin (por consiguiente sobrina biznieta de Quinsac), que vive todavía en la casa donde murió el pintor en Boulogne-sur-Seine. En dicha casa me fué dado ver "valiosos recuerdos" del artista, y entre ellos sus notas de viaje, que copié (solamente cuatro hojas escritas a lápiz). Las

<sup>1</sup> El abuelo de Ernesto Labadie era hermano de María Julia, madre de Quinsac Monvoisin, el pintor.

cartas de familia han sido destruídas hace muchos años, pero Ernesto Monvoisin, hijo de Gastón, ha conservado las fechas y los lugares en que fueron escritas, lo que ayuda muchísimo para reconstruir los itinerarios de Quinsac.

En América conté con la colaboración espontánea y cordial de centenares de personas, en Brasil, Argentina y Chile. Lamento profundamente no poder mencionar a todos los que, en Santiago por ejemplo, me indicaron y mostraron los retratos hechos por Monvoisin a miembros de sus familias. Pero quizá llegue el día en que podamos confeccionar con ellos el catálogo completo de la obra de Monvoisin en Chile.

Quiero agradecer, en forma muy especial, a las personas que nos abrieron las puertas de todas las instituciones y colecciones de sus respectivos países: en Brasil al señor Rodrigo Melo Franco de Andrade, al doctor Alcindo Sodr e y al señor Francisco Marques Dos Santos; en Argentina a los señores Alfredo Gonz alez Garaño, Manuel Mujica L ainez y Antonio Santamarina; en Chile a los señores Luis Vargas Rosas, Eugenio Pereira Salas, Juan Agustín Hurtado Zañart u y a las señoritas Ana Cort es, Clementina Meza y Winifred Manns.

Quiero evocar tambi en el recuerdo de los muchos años de aliento, de inspiración y de amistad pasados junto a mis maestros y colegas de los Estados Unidos de América, los profesores William Berrien, Amado Alonso y Alfred Johnson, que me iniciaron en el estudio de los vínculos culturales entre Francia y la América del Sur.

DAVID JAMES

## CAPÍTULO PRIMERO

### LOS AÑOS DE PREPARACIÓN

(1790 - 1825)

EN EL CAOS de la Revolución Francesa fué el mundo en que nació Raimundo Quinsac Monvoisin. Su familia, perteneciente a la alta burguesía antigua, poseía, a principios del siglo XVIII, el hermoso *ch teau* de Quinsac en Caillau, Gascuña. De dicha región era oriunda una abuela del pintor, Toinette de Quinsac, de quien tomó este su firma de artista, ya que no había nacido con nombre tan gascón. En efecto fué bautizado como "Augusto Raimundo Monvoisin", el primero de junio de 1790 (día siguiente al de su nacimiento), en la parroquia de la catedral de San Andrés, en Burdeos.

Desde muy niño Raimundo Quinsac demostró una aptitud muy acentuada para el dibujo. Ingres  con su hermano, conocido por el nombre de Pedro el mayor <sup>1</sup> (para diferenciarlo de su hermano menor que pronto lo sobrepuj  en fama), en la Escuela de Bellas Artes de Burdeos, donde ambos jóvenes obtuvieron varios premios en sus primeros años de estudios, entre 1808 y 1812.

A fines del siglo XVIII, y bajo el primer imperio, el árbitro artístico de la cultura gascona era Pedro Lacour, decorador de aquellos encantadores saloncitos que abun-

<sup>1</sup> Nacido en 1787.

daban en las casas particulares de los ricos comerciantes en vinos de Burdeos. La asistencia al taller de Lacour facilitó el progreso de Monvoisin, y pronto se le contó entre los artistas más hábiles de su ciudad natal. De esta época (1812-1815) datan sus primeras pinturas de iglesia <sup>1</sup>: la mejor se encuentra en la capilla de San Luis de la Iglesia de Nuestra Señora, en Burdeos. Este cuadro tiene además el interés de que Monvoisin se ha representado a sí mismo bajo los rasgos de San Luis.

Mientras pintaba su "San Luis" fué cuando Monvoisin hizo sus primeros proyectos de ir a París. Diversas circunstancias contribuyeron a que tomara esta resolución. Su primer maestro, Lacour, murió en 1814. Por otra parte, Quinsac Monvoisin gozaba de completa libertad de acción, ya que estaba exento de obligaciones militares. Sus obras le habían ganado ya cierto renombre que le valió "la ventaja de escapar a la conscripción, verdadera calamidad para la juventud de aquella época" <sup>2</sup>. A pesar de su buena complexión aparente, Monvoisin no gozó nunca de muy buena salud, y desde su juventud pasó momentos de negra melancolía y de profunda desesperación.

La caída de Napoleón y el advenimiento de Luis XVIII facilitaron mucho la carrera del pintor. En ocasión de la visita de la familia real a Burdeos, en 1815, Monvoisin hizo el retrato de la duquesa de Angulema <sup>3</sup> y con ello obtuvo buena ganancia. Entregó la mitad a su familia, y con el resto partió a París.

<sup>1</sup> *San Martín*, en la iglesia de San Sulpicio de Izon (Gironde); *San Roque*, en la iglesia de Blanquefort (Gironde); la *Transfiguración de Nuestro Señor, según Rafael*, en la iglesia de San Pablo, Burdeos.

<sup>2</sup> Notas manuscritas de Monvoisin.

<sup>3</sup> Hija de Luis XVI; por su casamiento con su primo, hijo del futuro Carlos X, fué dos veces sobrina de Luis XVIII.

Mas París, la ciudad cautivadora que lo atraía desde hacía tantos años, no lo recibió con los brazos abiertos. Tuvo dificultades para ingresar en la Escuela de Bellas Artes, aunque una vez admitido, en marzo de 1816, pasó directamente al taller de Guérin, de donde Géricault acababa de salir para Roma. Entre los compañeros que trabaron amistad con Monvoisin podemos citar especialmente a León Cogniet, Bodinier, Court y el joven Eugenio Delacroix, quien escribía a su amigo Pierrret en 1820: "...Dirás al conductor que vas a casa del joven (Delacroix) que trabaja en el taller del señor Monvoisin" <sup>1</sup>.

¿Revelaría ya Monvoisin entre 1816 y 1820, vale decir cuando estaba en el taller de Guérin —maestro supremo del estilo neo-clásico, pero también maestro de los campeones del romanticismo: Géricault y Delacroix—, revelaría ya entonces, repito, aquella dualidad entre el estilo de Guérin-Ingres y el estilo Delacroix que había de señalar más tarde su carrera? No, aún no. Junto a Guérin, por quien Monvoisin sentía un afecto tan sincero como rendida era su admiración, el alumno copia al maestro de una manera casi servil <sup>2</sup>.

Desde sus primeros años en la Escuela, Monvoisin presenta obras en los concursos para el premio de Roma. En 1820 obtiene la segunda recompensa con el tema: "Águiles entregando a Néstor el premio de la sabiduría." Sin descorazonarse por este éxito relativo, pero obligado a rejuvenecerse por los reglamentos del concurso (causa del frecuente error sobre la fecha de su naci-

<sup>1</sup> *Correspondencia general de Eugenio Delacroix*, publicada por André Joubin; París, Plon, 1936; volumen I, p. 66.

<sup>2</sup> Cuarenta años después, en 1859, luego de su regreso definitivo de Chile, Monvoisin donó al Louvre una serie de veinte dibujos de Guérin.

miento en 1794), Monvoisin, vuelve a probar suerte al año siguiente.

En el concurso de 1821 debió obtener el primer premio, pero no lo logró. Del desagrado que experimentaron los jueces por esta manifiesta injusticia tenemos prueba evidente en el extracto del juicio definitivo de la Academia Real de Bellas Artes, del 21 de julio de 1821 1:

“La Academia resuelve dejar constancia, en sus actas, de su sentimiento de que no sea posible discernir otro primer gran premio al cuadro que lleva el número 10, cuyo autor, el señor Monvoisin, ha obtenido ya un segundo premio, y ha estado a punto, por dos años consecutivos de conseguir el primero. Resuelve, además, que esta propuesta se haga llegar a su Excelencia, con la solicitud de que le sea acordada, si fuere posible, una beca para estudiar en Roma.”

Monvoisin obtuvo esta beca para Roma luego de una intervención muy importante. Sabemos ahora la razón que tuvo Luis XVIII para interesarse personalmente en el asunto. Por documentos hasta hoy desconocidos, que se encuentran en los archivos nacionales de París 2, hemos descubierto que Monvoisin había hecho, en abril de 1820, un retrato de cuerpo entero del rey para la *Cour Royal* de Aix-en-Provence. Este retrato fué entregado, y se puede seguir su rastro hasta 1824, pero se ignora su paradero después de esta fecha.

Es fácil imaginarse el estado de ánimo del joven Monvoisin, orgulloso y contento por haber hecho el retrato del rey, cuando bruscamente le negaron el pre-

mio de Roma. Como su maestro Guérin sabía que su discípulo preferido solía entregarse a la melancolía, le envió una carta conmovedora que ha sido conservada por la familia del pintor:

“Mi querido Monvoisin: Recibí su carta del 18 de septiembre, el mismo día en que le escribí. Por ella comprobé complacido que ha recobrado Ud. el ánimo y su recuperación sería todavía mayor si conociera Ud. la acogida que se dispensó en el Instituto a la nota que allí fué leída sobre su caso. Era una reparación de la injusticia que se le ha hecho. Por si no ha visto esta nota en los periódicos, voy a transcribirsela. Hela aquí:

*“Lamentando la Academia no tener otro primer gran premio para otorgarlo al cuadro del señor Monvoisin, natural de Burdeos, discípulo del Sr. G., de 27 años de edad (N. B.), quien ha obtenido ya un segundo premio y, por dos años consecutivos, ha estado a punto de conseguir el primero; y habiendo informado S. E. el Ministro de Interior al Rey, S. M. ha tenido a bien acordar al señor Monvoisin una suma de cien luses durante los años 1822, 1823 y 1824, a título de justificación, para cumplir el voto que la Academia ha expresado en favor de este joven artista.*

“He aquí, mi querido amigo, la causa de los justos aplausos que usted hubiese escuchado muy complacido. No dudo que esto redoblará su entusiasmo para merecerlos de nuevo.

“...Regrese a París de modo que no le abrumen los preparativos de su viaje. Bien sabe usted que tendré sumo placer en volver a verlo, y no le quepa la menor duda de que cuanto yo realice será en su propio interés y en pro de su talento.

1 Documentos de los archivos de los Museos Nacionales de Francia.

2 Expediente 7-21; Segunda serie: “Señor Monvoisin”.

"Adiós, mi querido Monvoisin; presente mis amistosos saludos a su familia y créame su afectísimo, Guérin" <sup>1</sup>.

Monvoisin salió de Francia a fines de noviembre de 1821 con destino a Roma. Vivió en la Villa Médicis con los demás pensionados del rey de Francia. Nos ha dejado un pequeño croquis hecho al lápiz que representa el panorama que divisaba desde su cuarto.

Las obras que ejecutó durante estos años fueron continuación del estilo de Guérin. Por lo demás, su permanencia en Roma resultó una simple prolongación de sus años en la Escuela de Bellas Artes de París debido a la llegada del mismo Guérin, en 1822, para hacerse cargo del puesto de director de la Villa Médicis. Ambos artistas salían a menudo juntos y apenas si pueden distinguirse los croquis tomados por uno y otro durante sus excursiones a Tívoli y a Nápoles. En una carta escrita en diciembre de 1823, León Cogniet, antiguo compañero de taller de Monvoisin, no olvida interesarse por la salud y los trabajos del maestro común.

La pensión de Monvoisin terminaba a fines de 1824, pero gracias a la influencia del director de la Villa continuó un año más.

En el mes de marzo de 1825, en la iglesia de San Luis de Roma, Monvoisin se casó <sup>2</sup> con una joven italiana, Doménica Festa, artista como él, e hija del pintor Félix Festa. Debe haberla amado con verdadera pasión, pero este casamiento, "¡ay!, bien funesto, fué

<sup>1</sup> Fondo de Ernesto Labadie. Esta carta, del 18 de octubre de 1821, fué enviada a Burdeos adonde Monvoisin había ido para actuar de padrino de bautismo de su sobrino, Gastón Raimundo Monvoisin, hijo de Pedro el mayor.

<sup>2</sup> La ceremonia religiosa tuvo lugar el 5 de marzo; el contrato ante notario está fechado el 14 de marzo. Este documento está en poder de la señorita Gaudefroy en Boulogne.

luego el origen de todas las tribulaciones que he sufrido hasta hoy" <sup>1</sup>.

Sea de ello lo que fuere, ambos esposos volvieron a Francia, seguramente a fines de 1825. Monvoisin llevó consigo por lo menos cuatro grandes telas clásicas <sup>2</sup> y cantidad de bocetos, acuarelas y dibujos hechos en Italia. A partir de 1827 y durante quince años no dejó de exponer en el Salón de París donde su talento fué considerado como uno de los primeros de su generación.

<sup>1</sup> Notas manuscritas de Monvoisin.

<sup>2</sup> "Júpiter con Filemón y Baucis", "Coriolano", "Aristómenes en la Ceada", "Calirroo o el río Escamandro".

## SU CARRERA EN FRANCIA

(1826 - 1842)

EL SELLO de lo pintoresco, del costumbrismo italiano, continuó sintiéndose en las obras de Quinsac Monvoisin, muchos años después de su regreso de Roma. Entre los varios cuadros que de allí trajo había uno mitológico, de inspiración netamente davidiana y de una belleza glacial: "Telémaco y Eucaris". Esta tela y otra menos austera que representa a un joven pastor italiano fueron adquiridas en París, en 1827, por el duque de Orleáns. Dicho príncipe encargó a Monvoisin un cuadro italiano que hiciera pareja con el pastorcito dormido. El artista pintó la encantadora y exótica "Pastora Soninesa" y el duque hizo colocar los tres cuadros en la Galería del *Palais Royal*.

Con la "Pastora Soninesa" vemos surgir, del viejo fondo neo-clásico, a un Monvoisin nuevo y desconocido, a un artista poseído por la nostalgia de lo exótico. Este aspecto de su temperamento seguirá perfeccionándose a través de su orientalismo de 1832-1834, hasta alcanzar el apogeo de su carrera a fines de 1842, al crear sus obras maestras de Buenos Aires.

¿Qué vida llevó el artista entre 1827 y su partida para América? En un principio, en el departamento de la calle del Odeón, llevaba sin duda una existencia muy feliz, con una mujer a quien amaba, y que era para él

un recuerdo viviente de los soleados días de Roma. Doménica Festa no era sólo una mujer muy hermosa; poseía también mucho talento como acuarelista y miniaturista. Hizo además ensayos de litografía, seguramente bajo la tutela de su cuñado, Pedro Monvoisin, el mayor, que en aquella época se había establecido como litógrafo en el Pasaje de l'Orme, en París.

Rodeado de su familia, Monvoisin da pruebas de su gran talento de retratista. Muy a menudo se tomaba a sí mismo como modelo; existen por lo menos cuatro autorretratos, ejecutados en 1815, 1839, 1850 y 1869. Pero las obras maestras de Raimundo Quinsac, en este estilo, fueron su retrato de Doménica Festa, expuesto en el Salón de París en 1833, y el delicioso bosquejo de su hijita Blanca<sup>1</sup> a la edad de tres meses, expuesto en el Salón de 1838. Estos dos retratos fueron legados al museo de Burdeos por la señora Doménica Festa de Monvoisin, en 1881.

Estamos aquí en presencia del Monvoisin sencillo y directo, tal como lo admiraba Eduardo Schiaffino, y en quien había, según José León Pagano, "otro pintor, desprovisto de coturnos, en quien la humildad aparente es agudeza expresiva y claro saber comunicativo"<sup>2</sup>.

Nada más delicado y sentido que el retrato de su mujer. Da la impresión de la tradición clásica de Guérin y de Ingres, pero hay algo de Chardin en sus expresiones de acuarelista, y de Goya en sus ojos renegridos.

El retrato de la pequeña Blanca anuncia a los primeros impresionistas: los trazos rápidos y exactos de Manet, lo imprevisto captado en lo vivo de Degas. Es el

<sup>1</sup> Nacida en París en 1834, murió en 1866. Siempre vivió con su madre.

<sup>2</sup> José León Pagano: *Historia del Arte Argentino*; Buenos Aires, 1944, p. 110.

Monvoisin de estos dos retratos inspirados por el amor, y el Monvoisin de las exóticas obras maestras de Buenos Aires, el que figura entre los grandes pintores del siglo XIX; no el pintor de historia que trabajaba contra su gusto para ganarse el pan de cada día y del cual, sin embargo, hemos de decir algunas palabras.

Desde 1830 había empezado a pintar una serie de reyes merovingios y de mariscales de Francia para las galerías históricas de Versalles. Son obras bien documentadas, pero, salvo pocas excepciones, mediocres y desabridas. Debemos, no obstante, destacar los muy hermosos retratos ecuestres de dos señores del Renacimiento, Trivulzio y Gyé, donde el ímpetu y la perfección de los detalles recuerdan al Barón Gros y los mejores momentos de Horacio Vernet.

Las telas que Monvoisin ejecutó para el Estado le fueron encargadas por el señor de Cailleux, director de los Museos Reales de Francia. Entre estos dos hombres existía una diferencia de temperamentos que se puede seguir en su fiebre creciente, a través de la correspondencia de ambos, conservada en los archivos de los Museos Nacionales del Louvre.

Durante casi todo el año de 1835 Monvoisin trabajó en su enorme "Batalla de Denain"<sup>1</sup>. En el mes de septiembre contesta a los requerimientos de su jefe de la siguiente manera: "... Me pregunta usted si he adelantado mi cuadro lo suficiente, para saber si puede verlo. Tengo hechas más o menos las dos terceras partes y no lo abandonaré hasta que esté terminado. Aunque mucho deseo conocer su opinión, le ruego, sin embargo, esperar hasta que haya terminado mi tela para que pueda comprenderme mejor."

<sup>1</sup> Encargada el 5 de julio de 1834 por la suma de 12.000 francos.

Sólo en enero de 1836 podrá anunciarle Monvoisin:

"...Creo haber terminado mi batalla de Denain. Le quedaré muy agradecido si tiene usted la bondad de venir a verla. Mientras más pronto me haga este servicio, tanto mejor será para tener tiempo de corregirlo de acuerdo con sus observaciones."

La tradición oral conservada en la familia así como un artículo necrológico sobre Monvoisin<sup>1</sup>, informan de una escena violenta a raíz de las críticas hechas por el director de los museos a propósito de la "Batalla de Denain":

"...El señor de Cailleux, enemigo personal de Monvoisin, no descansó hasta convencer al rey de que una parte de esta composición era defectuosa.

"Monvoisin repuso que así había concebido su obra y que no podría modificarla.

"—El Rey lo desea—, dijo con un poco de crudeza el señor de Cailleux, irritado.

"El Rey muere, mi obra queda, contestó el pintor."

Después de estas amargas palabras, pronunciadas a comienzos del año 1836, los archivos no conservan más que dos cartas breves enviadas por Monvoisin a de Cailleux. El 10 de mayo le escribe: "...No tengo nada que hacer. Si usted quisiera recordar su promesa, se lo agradecería." La última carta no lleva fecha y fué escrita en papel timbrado de la "Casa del Rey, Dirección de los Museos Reales". Nos imaginamos al pintor, imaciente y encolerizado, escribiendo estas pocas palabras

<sup>1</sup> En *Le Figaro* del 31 de marzo de 1870.

en la sala de espera de su adversario: "Señor, si usted quisiera recibirme un momento, se lo agradecería. Su seguro servidor, R. Q. Monvoisin."

En la lista de los encargos del Estado, conservada en el Louvre, hay, sin embargo, dos retratos históricos más, pedidos a Monvoisin en 1838; y "El Columpio"<sup>1</sup> para el museo del Luxemburgo, en 1840. El asunto, pues, fué prolongándose, pero ya no había alma en su obra, y Monvoisin trató de retirarse.

¿Cuál es el mérito de la célebre "Batalla de Denain", cuya entrada al Museo de Versalles fué prohibida por de Cailleux, y que hoy se encuentra en la Gran Escalera de Honor del Cuartel General de Burdeos donde obtuvimos permiso para fotografiarla? Es una obra que vale más por el detalle que por el conjunto. Si bien el mariscal de Villars se destaca demasiado de sus soldados, los dos grupos de personajes a izquierda y derecha están muy finamente estudiados, tanto en sus cabezas nobles y orgullosas como en el encarnado aterciopelado de sus uniformes. En todo caso, el cuadro merecía algo mejor que el orgulloso desdén de un hombre que era incapaz de juzgarlo.

Al mismo tiempo que pintaba estos cuadros históricos a pedido, Monvoisin se complacía, tanto como sus contemporáneos Delaroche y Ary Scheffer, en pintar grandes escenas de historia novelada. Entre todas sus obras éstas nos parecen las más pasadas de moda por su exageración sentimental y apasionada. En este estilo Monvoisin ha hecho "La Muerte de Carlos IX", "Sixto V", "La Muerte del Poeta Gilberto" y "Juana la Loca"<sup>2</sup>.

Esta última composición, que provocó el más vivo

<sup>1</sup> "L'Escarpolette", hoy en el Château de Compiègne.

<sup>2</sup> a) En el Museo de Montpellier; b) desaparecido; c) en el Museo de Nancy; d) en el Museo de Amiens.

entusiasmo en vida del artista, muestra a Juana la Loca a la cabecera de su marido moribundo y, a su lado, al joven y futuro Carlos Quinto. Esta tela fué expuesta en el Salón de 1834, y los amigos del pintor no dejaron de reconocer en ella los rasgos de Doménica Festa que sirvió de modelo para Juana.

Pasaron años de éxito sin brillo, años de amargura y sinsabores, de *Wanderlust* siempre en aumento. En una frase punzante de sus notas autobiográficas Monvoisin ha escrito: "...Puedo afirmar que en los pocos éxitos que he alcanzado sólo he tenido motivos para llorar, por razones incomprensibles al común de los mortales." Al igual que Vigny y Musset, conoció la angustia inexplicable llamada "el mal del siglo". Sensitivo hasta el máximo, sufrió las nostalgias y los fervores de sus contemporáneos.

Ya hemos hecho alusión al entusiasmo de Monvoisin por el Oriente, cuyos primeros fulgores se hacen sentir en la "Pastora Soninesa" y aparecen más marcados en una litografía que se llama "La Partida: Tema griego moderno". No podemos olvidar la actualidad sorprendente de la muerte de Byron y de "Grecia expirando sobre las ruinas de Misolonghi" de Delacroix.

La presencia de una negra en esta estampa nos hace pensar en el negrito que el pintor introducirá, quince años más tarde, en "La Porteña en la Iglesia" de Buenos Aires. El gusto de lo oriental, en Monvoisin, fué una predisposición indispensable para los cuadros gauchescos que produjo en la Argentina.

Por lo demás es muy interesante destacar que ejecutó, en el mismo Buenos Aires, las dos odaliscas de la colección Ocampo<sup>1</sup>, como si el exotismo argentino le

<sup>1</sup> Véase más adelante, en el capítulo "Buenos Aires", el origen de estos dos cuadros.

recordara y lo incitara a volver a crear sus primeros ensayos orientales.

“Las Orientales” de Victor Hugo aparecieron en 1829 y Delacroix hizo su viaje a Argelia en 1832. En el Salón de 1833 Monvoisin expuso su “Alí-Pacha y Vasiliki”, cuyo tema turco albanés fué descrito en un artículo de “El Artista”: “... Estamos en Janina. Pronto hará treinta y cinco años que Alí-Pacha hace pesar sobre Albania, sumida en llanto, su cetro de hierro. La masacre de los hombres, el deshonor de las mujeres, han seguido por doquier, a la victoria. Mientras que los suliotas se precipitaban desde lo alto de los peñascos, mientras sus padres y sus maridos sucumbían bajo los golpes de los satélites de Alí, la joven y bella Vasiliki, por una abnegación sublime de su amor filial, se entregaba al pachá que la amaba, para salvar la vida de su padre.”

La gran tela expuesta en París fué transportada a Chile por el pintor y allí pasó en seguida a la colección Cousiño. El general Bartolomé Mitre la recordaba a menudo como la principal obra de la exposición Monvoisin en Chile en 1843<sup>1</sup>.

Esta pintura inspiró un grabado de Charles Geoffroy<sup>2</sup>, y un pequeño volumen de poemas de Próspero Poitevin, dedicado a Monvoisin.

Otra versión de “Alí-Pacha y Vasiliki”<sup>3</sup>, que representa solamente a los dos personajes sin decoraciones, fué recientemente descubierta en París. La autenticidad de esta tela no deja lugar a duda, pues la sección de Estampas de la Biblioteca Nacional posee una litografía

<sup>1</sup> Recuerdo conservado por el señor Eduardo Schiaffino y comunicado a Ernesto Labadie. — Ver otros detalles en los capítulos IV y VI, y la reproducción en el capítulo VI.

<sup>2</sup> “El Artista”, de 1842.

<sup>3</sup> Antigua colección de Roberto Heymann, París.

de la época “según el cuadro de Monvoisin”. El colorido exquisito y la emoción contenida de este cuadro lo colocan entre los mejor acabados del pintor.

La corte de Alí-Pacha en Albania no queda lejos de Rusia. Y a Rusia fué a donde por primera vez tuvo Monvoisin deseos de expatriarse. Hasta hizo un retrato de Pedro el Grande (no terminado), que hubiese llevado consigo como obsequio para el Zar. Es muy probable que sus dos compañeros íntimos, Horacio Vernet<sup>1</sup> y Court<sup>2</sup>, trataran de persuadirlo de que hiciera este viaje. Las “Actualidades” para 1842 en “L'Artiste” encierran estas líneas llenas de oculto sentido:

“Muchos artistas se disponen a viajar o ya lo hacen: los señores Horacio Vernet y Court, por invitación de S. M. el emperador Nicolás, han partido para San Petersburgo.

“El señor Monvoisin se ha embarcado para Chile.”

Hemos visto ya la primera de las múltiples causas que precipitaron el destierro voluntario de Quinsac Monvoisin: la antipatía de de Cailleux que alejaba al pintor de todo encargo oficial.

Otra desavenencia, más aguda e irreparable, lo separó de su mujer, Doménica Festa. Las circunstancias de esta situación dolorosa quedarán siempre ocultas en la sombra.

Sabemos, además, que la salud del pintor estuvo seriamente quebrantada durante el invierno de 1840 con una bronquitis muy grave.

¿Cómo salir de la extenuación mórbida en que se sumía cada vez más desesperadamente? No podía resol-

<sup>1</sup> Amigo de la infancia, a quien conocía desde Burdeos.

<sup>2</sup> Compañero en el taller de Guérin, que partió al mismo tiempo que él a la Villa Médicis.

verse a ir a Rusia, donde hacía un frío atroz, tan luego él, un gascón de la región cálida de las viñas.

Pero en el otro extremo del mundo había un país rico, feliz y acogedor, con cuyo representante mantenía relación desde hacía muchos años.

#### Este país era Chile.

Entre 1827 y 1830 había hecho los retratos de varios chilenos distinguidos en París. El ilustre don Mariano Egaña, que fuera a Europa en 1824 con el cargo de primer ministro plenipotenciario de Chile, posó para Quinsac en 1827. En recuerdo de su amistad por don Mariano, Monvoisin le obsequió un pequeño retrato de Napoleón II, "El Aguilucho", que lleva la inscripción: "Homenaje del autor a don Mariano Egaña." Estas dos obras — recuerdos preciosos de los primeros lazos culturales entre Francia y Chile — se conservan en poder de la familia de Egaña en Santiago.

Entre las amistades de don Mariano Egaña se encontraban don Pedro Palazuelos y don Miguel de la Barra. En sus *Recuerdos Biográficos*, Domingo Amunátegui Solar escribe: "...Don Pedro mantuvo en París relaciones de amistad con el pintor francés Monvoisin, quien le hizo un espléndido retrato al óleo, conservado hasta hoy por la familia" <sup>1</sup>. Esta obra debe haber sido ejecutada en 1832, año en que don Pedro Palazuelos regresó a Chile.

Don Miguel de la Barra, gran amigo de Francia, reemplazó a don Mariano Egaña como encargado de negocios de Chile en aquel país, cuando su predecesor volvió a América en 1829. En ese mismo año Monvoisin le hizo el espléndido retrato de busto que pertenece hoy a don Oscar de la Barra Renard, biznieto de don Miguel.

En 1836 don Miguel de la Barra entregó su cartera

<sup>1</sup> Domingo Amunátegui Solar: *Recuerdos Biográficos*; Santiago, 1938; p. 304.

de ministro a don Francisco Javier Rosales, miembro de otra familia distinguida y muy amiga de Quinsac Monvoisin y de su mujer Doménica Festa. Durante varios años Monvoisin había dado lecciones de dibujo y de pintura al sobrino del ministro don José Manuel Ramírez Rosales, joven de gran fortuna y de una elegancia incomparable. El pintor le hizo por lo menos dos retratos que se conservan en Chile; damos la reproducción del que lleva abrigo con cuello de piel y gran traje de hidalgo, pintado en París en 1830.

Por lo menos otros dos Rosales posaron para Monvoisin en París: don Santiago y don Luis. El magnífico retrato de este último, fechado en 1830, se encuentra hoy en la colección de don Juan Agustín Hurtado Zañartú, que lo ha hecho examinar con rayos X y ha encontrado esta curiosa inscripción: "Señor Luis Rosales natural de Lima provincia del Perú culto valiente retratado, 20 de mayo del año 1837" (*sic*).

Por intermedio de don Francisco Javier Rosales, Monvoisin fué animado por el gobierno chileno para fundar una Academia de Bellas Artes en Santiago. La correspondencia entre Monvoisin y el gobierno chileno se conserva intacta en los Archivos Nacionales de Chile <sup>1</sup>. Publicamos extractos de estas cartas preciosas, escritas en París en la primavera de 1842, que nos descubren la verdad luminosa, viviente e indiscutible.

En una carta de tres páginas, fechada el 25 de marzo de 1842, Monvoisin compendia, para don Francisco Javier Rosales, sus proyectos sobre la fundación de una escuela de pintura, de escultura y de arquitectura en Santiago. Termina así su exposición:

<sup>1</sup> Archivo de la Legación de Chile en Francia y Gran Bretaña: 1842-1846, vol. 4.

"...En fin, confío que haré nacer un gusto desconocido sin duda en un país aún virgen... Llevo conmigo una colección de mis obras que han obtenido aquí gran éxito... Si este proyecto obtiene su aprobación y la de la nación que usted representa, habré alcanzado el fin por el que lucho desde hace años. (N. B.)

"Su patria vendrá a ser la mía. Orgulloso de la reputación que he adquirido en Europa, espero que mi nombre será citado un día, con orgullo en Chile y que más adelante sus compatriotas podrán pronunciarlo con agradecimiento.

"En todo caso, señor Ministro, reciba usted la expresión de mi más respetuosa consideración. R. Q. Monvoisin."

Una semana después, el 2 de abril de 1842, don Francisco contestaba al pintor con amistosa cortesía: "...He leído con gran interés la carta que me ha hecho usted el honor de dirigirme el 25 de marzo..."

"Encontrará dentro de este sobre varias cartas de recomendación para las personas más calificadas de Chile. Ellas, como todos mis compatriotas, sabrán apreciar su talento y se apresurarán a testimoniarle toda la estimación debida a un extranjero distinguido que viene a buscar entre nosotros una nueva patria.

"Hago sinceros votos por su feliz viaje. Tendré gran satisfacción si su primera carta desde Chile me informa de que se encuentra Ud. bien allí, tanto respecto al clima, como al éxito de sus proyectos. Terminó, señor, renovándole la seguridad de mi estima y consideración. Francisco Javier Rosales."

El representante de Chile en Francia no se limitó a demostrar su entusiasmo al pintor mismo. El 8 de abril de 1842 dirigió don Francisco una carta al Ministro de

Relaciones Exteriores en Santiago, que parece casi una profecía:

"Señor Ministro:

"Estimulado yo del mismo interés que anima al Gobierno para proteger y adelantar la enseñanza pública en Chile; y sobre todo hacerla extensiva a las masas, he estado constantemente a la mira en Francia de una persona que reuniese los conocimientos necesarios para plantear en Chile una escuela de dibujo aplicado a las artes y a la industria, y que pudiese al mismo tiempo formar una escuela de Pintura. La misma solicitud tuve en Roma, pero hasta hoy todos mis esfuerzos habían sido infructuosos. Por fortuna hace pocos días que se me presentó Mr. R. Q. Monvoisin, Pintor de Historia y de una reputación verdaderamente Europea, diciéndome que el estado de su salud le obligaba a buscar un clima más templado que el de Francia, y que se decidiría a elegir el de Chile si los informes que yo le diese sobre él y sobre la posibilidad de sacar algún provecho de su profesión lo estimaban suficientemente para emprender tan largo y penoso viaje.

"Mr. Monvoisin, a quien conozco personalmente hace más de 15 años, reúne en alto grado cuantos requisitos se pueden apetecer para llevar a cabo la idea que me había propuesto de la formación en Chile de una escuela aplicada a las Artes y a la Industria y otra de Pintura; y después de haberle dado informes circunstanciados sobre el clima de Chile, y sobre las ventajas pecuniarias que podía obtener en su arte ocupándose de hacer retratos y talves algunas pinturas de devoción, le ofrecí recomendarlo particularmente a V. S. para que no sólo le confiase la ejecución de aquellas obras de pintura que tenga que hacer ejecutar el Gobierno nacional

3 para perpetuar la memoria de algunos ciudadanos distinguidos, o de los hechos de armas más memorables de nuestra historia, sino que también lo colocase a la cabeza de una escuela gratuita de dibujo que se estableciese en Santiago.

"Monvoisin se ha decidido a ir a Chile, y el 25 del corriente me ha pasado la nota de la cual le mando a V. S. una copia. Nada tengo yo que agregar al plan que él se propone seguir si encuentra una favorable protección del Gobierno.

"Todos los Chilenos que han estado en Francia conocen personalmente o al menos de reputación al señor Monvoisin por haber visto en los Museos y Palacios Reales de París los infinitos cuadros que figuran en ellos como jefes de obra de este distinguido artista. El señor Don Santiago Rosales, mi sobrino Don José Manuel Ramírez, y Don José Luis Borgoño adquirieron, bajo su dirección, la perfección en el dibujo y los primeros elementos de la Pintura. Monvoisin ha presentado en esta Legación una numerosa colección de documentos justificativos de sus obras, que yo he certificado comprendiéndolos todos en un legajo.

"Monvoisin conserva intacta su reputación como uno de los primeros pintores de Francia, no carece de medios para procurar en su país una subsistencia cómoda y agradable, y esto es una garantía que no será tal vez de poco valor a los ojos del Gobierno al ver llegar a Chile un hombre a quien no puede dársele el título de aventurero.

"La buena acogida que encuentre el Sr. Monvoisin por parte del Gobierno y demás autoridades de la Nación contribuirá de un modo muy eficaz para que otros sujetos distinguidos en las artes y en las ciencias, imitando el ejemplo de Monvoisin, se dirijan a nuestro país con

el laudable objeto de difundir sus conocimientos entre nuestros ciudadanos por medio de la enseñanza" <sup>1</sup>.

Esta carta no deja la menor duda sobre los proyectos de Monvoisin. Ya en febrero había tomado el partido de abandonar a Francia, pues confió su testamento a su notario en París el 28 de febrero de 1842 <sup>2</sup>. Los últimos preparativos para el viaje debieron efectuarse durante el mes de abril. A fines de mayo Monvoisin estaba ya en camino de América.

<sup>1</sup> En castellano en el original. (*N. de la T.*)

<sup>2</sup> Conforme con el original en poder de la señorita Gaudefroy en Boulogne.

### CAPÍTULO III

## LA TRAVESÍA

(Mayo-agosto 1842)

**M**ONVOISIN resume así las causas de su partida de Francia:

“Cansado por la falta de éxito monetario y honorífico, así como de las tribulaciones sufridas en mi espíritu, he vuelto los ojos hacia el extranjero para encontrar cierta paz interior y exterior.

“Me transporto a 1842. — ¡Recuerdos que tanto han cambiado mi existencia laboriosa, recuerdos tan llenos de encantos! ¡Aquella vida nómada, aquella libertad, aquella existencia tan distinta a la actual, tan sedentaria y enclavada en un terrón de tierra del que no me atrevo yo a salir!”

Fácil es comprender las dificultades que presentaba este viaje a los antípodas. Monvoisin llevaba un equipaje voluminoso y molesto, que incluía una veintena de sus más grandes telas. Según la tradición oral y escrita de la familia, visitó a su amigo Alfonso Karr, en el Havre, antes de embarcarse. ¿Sería acaso el autor indiscreto de las *Avispas* el que habría proporcionado a Pablo de Kock la materia para su novela *Mon voisin Raymond*? De todos modos se ve que la relación entre esta obra y las causas del viaje del pintor es de lo más efímera.

Pero sigamos a Monvoisin en su relato personal sobre la travesía del Atlántico:

“Embarcado en el Havre en mayo de 1842, he debido soportar las vicisitudes de un largo viaje de ciento doce días, numerosas tempestades, más frecuentes que las sufridas en los viajes posteriores. Llegado al Cabo de Hornos hacia el mes de agosto, invierno en el hemisferio Sur, tropezamos con huracanes en medio de montañas de hielo que se desmoronaban, y estuvimos expuestos cada día a choques que podían hacernos sucumbir. El velamen fué arrastrado por un golpe de mar. Sólo podíamos comer, de pie, bizcochos, alimento insuficiente. Nuestro capitán, gravemente enfermo, pudo ser asistido solamente por mí; (se repuso) <sup>1</sup>; retrocedimos e hicimos una escala de doce días en Montevideo. Allí abandoné el barco con todo lo que traía y me dirigí a Buenos Aires donde permanecí tres meses, habiendo sido recibido perfectamente.”

<sup>1</sup> Durante toda su vida Monvoisin practicó la medicina homeopática. En sus papeles conservados por la familia ha dejado un cuaderno manuscrito, de un centenar de páginas, sobre plantas medicinales y su empleo en la cura de enfermedades.

#### CAPÍTULO IV

### BUENOS AIRES

(Septiembre-noviembre 1842)

**B**UENOS AIRES fué para Monvoisin el choque estético en un mundo nuevo. Quiso el azar que fuese la Argentina quien lo acogiera, y no Chile, que esperaba su llegada. Ello debe regocijarnos, como gracia inesperada del cielo, pues Monvoisin dejó en Buenos Aires las mejores obras de su carrera: "los tres cuadros para el barón Picolet d'Hermillon", a que alude en una lista manuscrita de sus telas.

En pocas líneas expresa el mismo Quinsac las observaciones que le sugiere su permanencia en Buenos Aires. Las tomamos desde su partida de Montevideo: "...y me dirigí a Buenos Aires donde permanecí tres meses, y fuí muy bien recibido. Sólo tengo motivos de complacencia por mi estada en dicha ciudad. Mi nombre, contra lo que esperaba, era allí conocido. Trabajé mucho y vi al famoso Rosas, cuya tiranía ha oprimido a este desgraciado país durante unos veinte años y donde cometió tantos crímenes y cortó tantas cabezas; tuve el temor de caer bajo sus garras por circunstancias ajenas a mi persona, y hube de partir secretamente."

Los tres grandes historiadores del arte argentino: Lozano Mouján, Schiaffino y Pagano, han estudiado muy detalladamente en sus libros la obra de Monvoisin. Pero a pesar de sus prolijas investigaciones no han conseguido

aclarar *la vida* de Quinsac en Buenos Aires. Como ellos, debemos contentarnos con algunas probabilidades y muchas conjeturas sobre estos tres meses extremadamente interesantes en la obra del pintor.

Cuando Monvoisin escribe: "...mi nombre, contra lo que esperaba, era allí conocido" debemos preguntar: ¿Conocido por quién? Sin duda por quien fué su amigo durante su permanencia a orillas del Plata: el barón Enrique Picolet d'Hermillon, cónsul del reino de Cerdeña, cosmopolita muy cultivado, que fué partidario de los franceses durante la época difícil de la intervención anglofrancesa en el gobierno de Rosas.

¿Sería por intermedio, tal vez indirecto, del barón Picolet d'Hermillon que Monvoisin conoció al general Rosas en la intimidad de Palermo? La suposición es admisible.

Allí mismo debió dejar Monvoisin casi terminado un bosquejo del retrato de Rosas que se encuentra hoy en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires. Es un retrato que a primera vista parece de una "factura" muy simple y hasta de una garra casi floja; pero observándolo mejor, se nota que, en sus líneas flúidas y en sus colores mates, hay una fisonomía inimitable, una interpretación psicofísica de una personalidad que Monvoisin ha sabido penetrar hasta lo más hondo del ser.

Se sabe que Eduardo Schiaffino fué a Boulogne, en 1903, para comprar este cuadro, pero creemos poder revelar detalles hasta ahora manuscritos y poco conocidos sobre dicha compra<sup>1</sup>.

El 17 de septiembre de 1903 Schiaffino envió la res-

<sup>1</sup> Esta tela fué comprada por Schiaffino en la venta de la colección Rufino Varela en 1896. En la misma colección figuraba también "una tela, boceto, Om. 35 por Om 29", por Monvoisin, llamada "Muerte de Adonis", y cuya suerte se ignora.

puesta siguiente a un pedido de Ernesto Labadie que buscaba datos sobre la estada de Monvoisin en Buenos Aires:

“Señor: Ha estado usted muy acertado al dirigirse a mí respecto al pintor bordelés Raimundo Quinsac Monvoisin, pues soy la única persona que, en la República Argentina, se ha ocupado de él y con simpatía. El Museo (bajo mi dirección) no tiene más que una obra de Monvoisin: el estudio del cuadro “Luis XIV y Mlle. de La Vallière” (o más bien, “El Rey Vasallo”); pero voy a hacer fotografiar, para usted, varios de sus retratos; ya tengo tres sobre mi mesa, y dos originales esperan turno en mi gabinete. Le agregaré la traducción de lo que yo he publicado sobre Monvoisin en la revista *La Biblioteca*, y le enviaré todo por el próximo correo.

“Además —y ahí es donde la casualidad se torna inteligente— debo embarcarme dentro de unos quince días para París y otras ciudades de Europa, encargado de una misión del Ministerio de Instrucción Pública que me llevará también a los Estados Unidos; y, obligado a pasar por Burdeos, tenía ya resuelto detenerme durante dos o tres días para conocer el Museo de Bellas Artes y aumentar mis informes personales sobre este infortunado pintor que ha esperado demasiado una notoriedad merecida por su maestría y por el gran número y diversidad de sus obras...”

Poco después anunció Labadie la visita inminente de Schiaffino a su primo Ernesto Monvoisin (hijo de Gastón), quien a su vez contestó así a la carta de Labadie:

“Mi querido primo: ...Mucho nos alegraremos de recibir al señor Schiaffino cuya visita nos anuncia, y no

sólo de mostrarle, sino también de cederle el retrato de Rosas, que debe tener para él un gran valor documental, independiente de su valor artístico... La tela ha soportado varios peligros desde su viaje de las Pampas, y especialmente la guerra de 1870 le ha sido perjudicial. Puede sin embargo ser fácilmente reparada; la cabeza está intacta, salvo algunas pequeñísimas partes escamadas. Los deterioros se encuentran en el fondo y en el traje. Con algún refuerzo en la tela y algunos retoques no quedarán rastros”<sup>1</sup>.

Seis meses después, el 9 de junio de 1904, Ernesto Monvoisin escribía nuevamente a Labadie para darle noticias de la visita de Schiaffino:

“...Hemos vendido al señor Schiaffino, Director del Museo de Buenos Aires, el retrato de Rosas, con algunas dificultades, es cierto, pues estaba en muy mal estado y no tenía firma. Mi tío abuelo debió hacer este retrato del natural, como estudio para la gran tela donde está representado Rosas de tamaño natural a caballo, tela que desapareció en 1870, durante el sitio de París. Le dimos un certificado garantizando su autenticidad. Le vendimos también un pequeño estudio de paisaje hecho en Roma.

“El señor Schiaffino ha tenido que hacer un viaje a Italia. Antes de su partida nos anunció que el retrato de Rosas estaba restaurado y que nos enviaría una fotografía.”

Luego de las conversaciones que mantuvieron Schiaffino y Labadie en Burdeos, el 11 y 12 de diciembre de

<sup>1</sup> Carta fechada en “Boulogne-sur-Seine el 18 de diciembre de 1903”.

1903, sobre la obra de Quinsac Monvoisin, el primero copió, para su colega, estos datos únicos que le habían sido proporcionados por el general Bartolomé Mitre 1:

“Lista dictada por el señor general don Bartolomé Mitre, ex presidente de la República Argentina, de los cuadros de R. Q. Monvoisin que fueron expuestos por el autor en Valparaíso (Chile) hacia 1842 y de los que el ilustre patricio recordaba de memoria los temas y cualidades artísticas:

“1. Muerte de Boissy d'Anglas.

2. Eloísa leyendo las cartas de Abelardo. (Proyecto de composición.)

3. El pescador.

4. Alí-Pachá de Janina (el cuadro más importante según la impresión del general Mitre). En la obra del señor Thiers, *La Revolución*, se han publicado composiciones de Monvoisin, según el general Mitre.

6. (*sic*)—En Buenos Aires: 2 retratos de la familia Borbón. (Dirigirse por carta al señor Benito Villanueva, presidente de la cámara de diputados, sobrino del señor Borbón.)

8. (*sic*)—Dos Odaliscas acostadas que hacen juego; encargo del señor Borbón al pintor, para ofrecérselas al señor general Mitre que las conservó algunos años; luego se las dió al señor Apolinario Benítez, quien a su vez se las obsequió al señor Narciso Ocampo, que las conser-

1 Documento fechado en: “Burdeos el 13 de diciembre de 1903”. Como todo lo que proviene del Archivo de Ernesto Labadie, estos documentos se publican aquí por primera vez. Sirven para completar aquellos que Eduardo Schiaffino dió a conocer en su artículo: *La Vera Efigie: D. Juan Manuel Rosas pintado por Monvoisin*, publicado en su libro: *Recodos en el Sendero*; Gleizer, Buenos Aires, 1925; pp. 114-135.

va en su casa de Viamonte y Florida en Buenos Aires. Ancho aproximado: 2/3 de metro.

“El señor Labadie puede dirigirse por carta al señor general B. Mitre, Director Propietario del diario *La Nación*, de Buenos Aires, calle San Martín 350, quien no dejará de contestarle en seguida; el general Mitre conoció a Monvoisin en Valparaíso” 1.

Después de obtener estos informes, Labadie escribió al general Mitre, el cual le contestó el 25 de abril de 1904:

“Bartolomé Mitre saluda atentivamente a M. Ernest Labadie y, en contestación a su estimable de 2 del corriente, siente decirle que no puede suministrarle respecto del celebrado pintor Monvoisin más noticias que las que comunicó al Sr. Schiaffino, que se reducían al recuerdo que guardaba de los cuadros de aquel artista en la exposición que de ellos hizo en Valparaíso y de otros de que tiene conocimiento el mencionado Sr. Schiaffino, persona muy competente para juzgarlos como artista.

“Con este motivo me es grato desear a su trabajo el mejor éxito y suscribirme de usted su obsecuente servidor. B. Mitre” 2.

Con estas indicaciones que nos vienen de una época intermedia entre la de Monvoisin y la nuestra, tratemos de volver a tomar el hilo de las aventuras de Quinsac en Buenos Aires, desde principios de septiembre hasta el fin de noviembre de 1842.

1 Es probable que Don Bartolomé Mitre haya conocido a Monvoisin solamente desde 1846 y que haya visto los cuadros chilenos en Santiago más bien que en Valparaíso.

2 En castellano en el original. (*N. de la T.*)

Después de su viaje de ciento doce días, Monvoisin no era hombre para aislarse como un misántropo en la soledad de un taller. Las dueñas de casa de la "gran aldea" estaban encantadas de recibir a este visitante distinguido. Su llegada inesperada proporcionaba un brillo cuya ausencia se hacía sentir con tristeza desde que el bloqueo ahogaba la vida mundana de la capital. Quinsac se encontró sumergido en la atmósfera cargada de tensión entre Unitarios y Federales. Diplomático hábil, supo salvar los escollos en circunstancias extremadamente difíciles para un francés que por solo este hecho era casi un enemigo declarado de Rosas.

Pero lo mismo que Picolet d'Hermillon, que hizo un juego doble durante más de diez años, Monvoisin supo agradar a los Federales guardando, al mismo tiempo, una posición neutral. Sus tres obras maestras son una apología discreta de la sociedad argentina del tiempo de Rosas. En el "Gaucho Federal" —obra de una realidad artística que conmueve— pueden leerse las letras fatídicas: *F.O.M.* (Federación o Muerte). Toda la verdad sombría y fatal de esta época cruel está immortalizada en "El Soldado de la Guardia de Rosas".

El último de los tres cuadros encargados por el barón Picolet fué "La Porteña en la iglesia", sobre el que se ha escrito tanto <sup>1</sup>. ¿Es realmente exacto que este cuadro haya sido inspirado por la señora Rosa Lastra de Lezica, como su hijo, don Ángel Lezica, lo afirma? Tenemos motivos para creer que otra posibilidad es igualmente plausible.

El barón Picolet d'Hermillon fué amigo íntimo de don Faustino Lezica, fuerte comerciante de Buenos Aires, heredero de un nombre ilustre en los fastos de los vi-

<sup>1</sup> Eduardo Schiaffino: *La Pintura y la Escultura en Argentina*; Buenos Aires, Edición del autor, 1933; pp. 130 y 392-396.

reinos de toda América. La mujer de don Faustino Lezica fué doña Florencia Thompson Sánchez de Velasco de Lezica, hija de la célebre Mariquita Sánchez de Velasco de Thompson (y más tarde, de Mendeville), que había tenido el salón más brillante de la época de la Independencia. En el momento de la llegada de Monvoisin a Buenos Aires, Mariquita Sánchez de Mendeville, serviente unitaria, estaba en Montevideo, y es allí donde Rugendas debe haberle hecho el famoso retrato de 1845.

Don Faustino y doña Florencia Thompson de Lezica tenían por costumbre recibir en su casa de Buenos Aires a los viajeros afamados de todos los rincones del mundo; el naturalista Amado Bompland vivió mucho tiempo en casa de ellos; el famoso comerciante del Havre, Arsenio Isabelle, ha escrito estas palabras muy simpáticas en su *Viaje a Buenos Aires y a Puerto Alegre*:

"...Faustino Lezica, comerciante de Buenos Aires, uno de los ciudadanos más distinguidos por sus méritos, sus conocimientos, su moderación y la amabilidad de sus costumbres tan francesas" <sup>1</sup>.

Monvoisin fué recibido en la intimidad de su hogar, pues hizo dos dibujos al lápiz de sus jóvenes hijos: don Juan y don Enrique Lezica y Thompson <sup>2</sup>. Estos dibujos están en la gran tradición de los retratos al lápiz que Ingres hizo en Roma, y son las únicas obras que hemos encontrado en este estilo, hechas por Monvoisin, en América.

¿Habría sido doña Florencia Thompson de Lezica la

<sup>1</sup> Arsenio Isabelle: *Viaje a Buenos Aires y a Puerto Alegre*; Le Havre, Morlent, 1833; p. 18.

<sup>2</sup> En la colección del doctor Carlos Lezica, en Buenos Aires.

inspiradora de la "Porteña en la iglesia" de Monvoisin? Puesto que la ha admirado como a una de las damas más encantadoras de la sociedad de Buenos Aires, es ésta una suposición que se impone.

Sería tal vez mejor olvidar un poco la triste suerte de este cuadro, sustraído durante medio siglo a los ojos de los aficionados al arte. Nos gustaría considerar la vuelta de la "Porteña" al lado de sus hermanos el "Gaucha" y el "Soldado", porque estos tres forman un conjunto indivisible en la concepción creadora de Monvoisin. Son abstracciones concretas de tres aspectos de la Argentina que lo impresionaron profundamente: la vida mundana, la vida de las grandes estancias y el régimen militar de Rosas.

El gusto por las cosas artísticas, en Buenos Aires, fué fomentado por las grandes casas de comercio internacional. Los poderosos Llavallol eran colegas de los Lezica en los asuntos bancarios y de importación. Poco antes de la llegada de Monvoisin, los dos hermanos Jaime y Felipe Llavallol habían unido sus blasones al de la familia de Monasterio, casándose con las dos hermanas doña Josefa y doña Martina Monasterio Ugarte. Es fácil imaginar el placer de Quinsac al encontrarse con estas personas que habían hecho venir, al Río de la Plata, las finas porcelanas de Francia e Inglaterra y las cerámicas abigarradas de Portugal.

Durante su breve permanencia, Monvoisin pintó por lo menos tres retratos de los Llavallol: los del Matrimonio de don Felipe y doña Martina Monasterio de Llavallol y el de la señora Josefa Monasterio de Llavallol, mujer de don Jaime. Por falta de tela, pintó estos retratos sobre cuero, como lo había hecho con el "Soldado de Rosas". Resaltan ante todo las cadenas de oro que llevan las dos señoras y las flores rojas de los

federales. Estos retratos están firmados: "R. Q. Monvoisin. 1842".

Una tercera dinastía comercial fué muy amiga de Monvoisin, durante sus tres meses en la región del Plata: Los Zumarán, que poseían grandes negocios tanto en Buenos Aires como en Montevideo, su ciudad de origen. Después de la partida del barón Picolet d'Hermillon para Río de Janeiro en 1848, éste cedió los tres grandes cuadros de costumbres de Monvoisin a sus amigos los Zumarán. Por vínculos de matrimonio los cuadros pasaron al doctor Ramón Cárcano. Muchos años después, este señor cedió la "Porteña" a don Ángel Lezica, y los otros dos han sido heredados por su hijo el doctor Miguel Ángel Cárcano.

Quedan en el ministerio los retratos de la familia de don José Cayetano Borbón y las dos "Odaliscas" hechas por su encargo para obsequiar al general Mitre. Es muy posible, y así esperamos, que estos cuadros reaparezcan un día en algún desván porteño.

¿Cómo puede explicarse la presencia en la Argentina y en Chile de varias miniaturas por la señora Doménica Festa de Monvoisin, si esta dama nunca vino a América? Fuerza resulta creer que Quinsac enviaba dibujos al lápiz a su mujer, en Francia, para hacerlos transformar en miniaturas; o, más bien, que las personas "retratadas" hayan ido a ver a la señora de Monvoisin durante sus viajes por Europa. En la colección del señor Luis García Lawson, en Buenos Aires, hay una miniatura de una persona de su familia, la señora Mercedes Anchorena de Aguirre, que lleva muy claro, al costado derecho, la inscripción en letras rojas: "Mme. Monvoisin".

"La porteña en la iglesia" no fué terminado, y el retrato de Rosas tampoco. Con una presunción muy gascón, Monvoisin se ha atrevido a pintar el retrato de

Rosas con la barba de los unitarios. Este *chiste* bien pudo haber sido una de las causas de su repentina partida. Sin embargo, Monvoisin ha escrito estas palabras que hacen imposible todo equívoco: "...tuve temor de caer bajo sus golpes a consecuencias de una circunstancia ajena a mí, y hube de partir secretamente". ¿Acaso un amigo (o amiga) de Quinsac se encontraba comprometido y obligado a huir? Debemos admirar a la vez que deplorar la discreción, y la prudencia de Monvoisin, que escribió estas notas veinte años después, en la intimidad de su retiro, en Boulogne.

## CAPÍTULO V

### LA PAMPA Y LA CORDILLERA

(Noviembre 1842 - Enero 1843)

CONOCEMOS la fecha exacta de la partida de Monvoisin de Buenos Aires por el pasaporte que le fué otorgado el 29 de noviembre de 1842 para entrar en Chile, atravesando la Confederación Argentina <sup>1</sup>. Su viaje necesitaba preparativos materiales muy minuciosos, puesto que llevaba también con él muchas telas de las cuales la más importante era el gran retrato de Rosas y una cantidad de provisiones para el *trek* hacia el Oeste.

Hombre práctico en los momentos de crisis, Monvoisin nos ha dejado una idea de sus medios de transporte por dibujos al lápiz, así como por algunas frases breves y punzantes:

"...Me sumé a una caravana de 21 carretas tiradas por bueyes; con mi coche eran 22. Al cabo de algunos días fuimos alcanzados por una tropa de Rosas que me perseguía para degollarme. Gracias a las vestimentas de los esbirros que eran rojas, fueron divisadas de lejos, con lo que tuvimos tiempo de montar a caballo y escapar..."

Aquí, en el momento más dramático, el manuscrito está roto y se hace casi ilegible, salvo algunas palabras como: "provistos de una brújula", "separados de la ca-

<sup>1</sup> Nota manuscrita en el Archivo de Ernesto Labadie.

ravana" y este fin de frase confortante: "Me escapaba por esta vez."

No podemos saber si se trataba realmente de una tropa de la Mazorca, enviada por Rosas para alcanzar a Monvoisin, o si sencillamente fué perseguido por una banda de asaltantes de caminos. Pero la presencia de otras personas sospechosas en las otras veintiuna carretas de la caravana debió tentar a estos soldados fanáticos de famosos chalecos rojos.

Las provisiones no eran suficientes para el viaje, y el pintor se hizo cazador para dar de comer a sus compañeros:

"...La caza es abundante allí; hay perdices, codornices y sobre todo patos en cantidad. Éramos 45 hombres, y les distribuía mis presas, lo que me resultaba muy favorable para mis relaciones con ellos."

El avance a través de la pampa fué lento y penoso.

"...Tardamos cincuenta días para hacer 500 leguas. Al entrar a Mendoza mi coche zozobró, y en este accidente perdí 90 onzas (de oro), 9.000 francos más o menos, que estaban en una bolsa de cuero, y me vi obligado a llegar a Chile con esta pérdida sobre mi ganancia de Buenos Aires. Chile hizo todo lo que pudo para indemnizarme de esta pérdida. Tuve bastante suerte por no precisarlo."

Se puede, pues, llegar a la conclusión de que fué enorme la suma recibida por Monvoisin del barón Picolet d'Hermillon y de algunas viejas familias porteñas. Vemos en ello el origen de esta avidez nefasta que le hizo descuidar sus principios artísticos del otro lado de la cordillera.

Antes de abordar la ascensión peligrosa de los Andes, el artista se detuvo para recuperar fuerzas:

"Fuimos recibidos de la mejor manera posible en Mendoza, donde se ven muy pocos viajeros, y pudimos descansar unos días. Nos ofrecieron comidas, bailes, especialmente en casa de un obispo a quien agradaban las fiestas."

Tenemos un detalle de esta permanencia, proporcionado por carta de Ernesto Monvoisin, del 5 de agosto de 1903, a su primo Labadie:

"...En Mendoza tuvo un incidente que le pareció extraordinario. Sus aventuras eran conocidas; se le recibió con entusiasmo y se ofreció una fiesta en su honor con banquete y baile. Por primera vez en su vida, y también por última, se sintió un poco emocionado al final del festín, sin comprender cómo le había ocurrido esto a él que siempre era tan sobrio. Muy a menudo repetía este incidente sin poder explicárselo."

El manuscrito de Quinsac continúa:

"...Nuestro grupo se dividió y partí para cruzar la cordillera (9 días). Tenía siete mulas cargadas con mis cosas y con avena. El viaje fué duro, tantos eran los precipicios y los peligros. Había dejado mi coche en Mendoza con 7 u 8 caballos comprados en el camino, a tres francos cada uno de aquella época."

Estas palabras terminan el relato del pintor, y sentimos muchísimo que no lo continuase hasta su llegada a Santiago. Durante la travesía de la Cordillera el artista

hizo sin duda muchos dibujos; transformó dos de estas escenas de montaña en pequeñas pinturas al óleo que quedaron en su taller, después de su muerte.

Siempre por su pasaporte, sabemos que Monvoisin salió de Mendoza el 12 de enero de 1843 y que pasó la aduana chilena de Santa Rosa el 23 de enero. A fines de este mes, a más tardar, se estableció en Santiago.

## CAPÍTULO VI

### SANTIAGO

(1843 - 1845)

EN LOS medios cultos de la capital chilena la “presencia viva” de Monvoisin, en Santiago, se sintió por lo menos quince días antes de que Quinsac hubiese visto las orillas del Mapocho.

Las noticias precursoras de su llegada a Buenos Aires debieron venir a Chile por personas que lo habían acompañado en el viaje del Havre al Plata, y que esperaron en Montevideo a que el barco fuera reparado para continuar luego directamente a Valparaíso. Es también posible que otros viajeros que cruzaron la pampa, algún tiempo antes que Monvoisin, hayan anunciado a los chilenos sus intenciones de continuar sin demora a Santiago.

En todo caso, Monvoisin acababa de salir de Mendoza cuando *El Progreso* de Santiago publicó su primera noticia sobre él, el 15 de enero de 1843 1:

“Mr. Monvoisin, uno de los primeros retratistas de París y una de las más grandes reputaciones artísticas como pintor de historia, está en vísperas de llegar a Chile. Se han recibido ya sus pinturas en Valparaíso por el mismo buque que lo traía de Europa. Este célebre

1 Textualmente en castellano en el original. (N. de la T.)

pintor, cuyo viaje a América ha sido apenas creído por los que conocen su elevada posición en Francia, ha sido impulsado a viajar por algunos desagrados domésticos que afectaban su corazón, dirigiéndose a Chile con preferencia a otro punto de América, probablemente por las relaciones que ha tenido en París con algunos ciudadanos chilenos. Su pincel está ya conocido en Chile, donde existen los retratos de los señores Egaña, Palazuelos, Barra y Ramírez. Ha sido además maestro de dibujo de algunos jóvenes chilenos en el arte que con tanto lustre profesa él...

"Mr. Monvoisin habiendo llegado de arivada a Montevideo y sabido esto por Rosas, fué llamado inmediatamente a Buenos Aires a hacer su retrato, cuya operación lo detenía allí, hasta después de la salida del buque que lo trajo de Europa.

"Las artes liberales en Chile van a hacer en Mr. Monvoisin una adquisición importantísima."

Después de este largo viaje en los días calurosos de fines de enero, Monvoisin se preocupó de una sola cosa: descansar; pero pronto se repuso y no necesitó mucho tiempo para orientarse. Las calles largas y polvorientas, con casas de un solo piso, tan características del viejo Santiago, debieron traerle a la memoria los "échoppes" monótonos del Burdeos de su juventud.

La primera visita fué para su compatriota el Ministro de Francia, señor Enrique N. Scévole de Cazotte. Este aristócrata, un poco altanero, estaba casado con una de las personas más brillantes del gran mundo santiaguino, doña María del Carmen Alcalde, hija del conde de Quinta Alegre. Uno de los antepasados de Cazotte había sido "retratado" por Perronneau.

El ministro de Francia en Chile, hombre de gusto ar-

tístico muy refinado, hizo cuanto pudo para recibir a Monvoisin como correspondía, presentándolo a las autoridades del gobierno chileno. La carta que Cazotte escribió, el 3 de febrero de 1843, al Ministerio de Relaciones Exteriores de París para anunciar la llegada de Quinsac, nos deja entrever la mezcla de generosidad, de delicadeza y de orgullo que le venía, por derecho, de sus antepasados del antiguo régimen:

"Hace unos días ha llegado a Santiago Mr. Monvoisin, ex pensionista de la Escuela de Roma, cuyos éxitos en París lo han colocado en primera fila entre nuestros artistas. Ha venido a Chile con la intención de crear una escuela de pintura y de dotar a la América del Sud de un establecimiento que, a un mismo tiempo, despierte entre la juventud el gusto por las artes y se convierta algún día en un centro y hogar. Una idea tan liberal no podía dejar de ser acogida por el gobierno de este país. Los hombres que están hoy en el poder, verdaderamente dignos de elogio por los esfuerzos que hacen para poner a su país al nivel de las naciones civilizadas, han considerado como una gran fortuna la llegada del señor Monvoisin. Lo han recibido con una amabilidad que llega casi al entusiasmo y que me asombra a mí mismo. Si el amor propio nacional está halagado al ver que una de nuestras cumbres artísticas ha elegido a Chile con preferencia a cualquier otra república para escenario de sus trabajos, aquel amor propio crece todavía con la esperanza de que Chile pueda ser llamada un día la Italia del nuevo mundo. A este sentimiento muy natural, y que ha contribuido en gran parte al recibimiento que se le ha hecho al señor Monvoisin, se debe agregar el deseo muy poderoso, en un pueblo nacido ayer a la existencia política, de consagrar

por el pincel de un gran maestro, a los hombres y hechos que dieron lustre a su país en la época de la guerra de la independencia. He creído un deber presentar al señor Monvoisin al Presidente de la República y al Ministro de Relaciones Exteriores, y me he alegrado de ser testigo de la recepción halagadora que se le ha tributado. Va a ser nombrado director de una escuela de pintura y tendrá un salario anual no inferior a 10.000 francos”<sup>1</sup>.

Las principales preocupaciones de Monvoisin durante sus primeras semanas en Santiago fueron tres: ver realizada la escuela que esperaba fundar; organizar una exposición de cuadros que había traído de Francia y empezar los retratos de las personas más en boga en la vida santiaguina.

El primero y más apremiante de estos proyectos era la fundación de la escuela de pintura. Inmediatamente después de su visita a Cazotte, Monvoisin se dirigió al Ministro de Instrucción Pública para exponerle los detalles que había anticipado el año anterior a don Francisco Javier Rosales, en París. Reproducimos, pues, solamente la parte nueva de esta carta de Monvoisin, escrita en Santiago el 6 de febrero de 1843. El comienzo es casi el de una leyenda heroica:

“...Motivos de salud y el modo empeñoso con que el señor Rosales en París me presentó las ventajas de la fundación que voy a proponer a S.S., me determinaron a mi viaje verdaderamente gigantesco para mí, y por una

<sup>1</sup> Esta carta, que se encuentra en los Archivos de la Embajada de Francia en Santiago, nos ha sido proporcionada gracias a las investigaciones generosas del señor Alfonso Creach, agregado cultural de la embajada.

fatalidad particular me ha sido más penoso de lo que pude imaginármelo”<sup>1</sup>.

Todo Santiago estaba ahora al corriente de las dificultades que habían atormentado a Monvoisin desde su salida del Havre. *El Progreso* del 3 de febrero había publicado: “...Hace ya algunos días que ha llegado a esta ciudad, después de cincuenta días de un penosísimo viaje por las pampas, el célebre artista Mr. Monvoisin, cuyo próximo arribo tuvimos la satisfacción de anunciar en una de nuestros anteriores números”<sup>2</sup>.

Un poco más adelante el artículo refleja el deseo de todos los chilenos y de los argentinos que habitaban en Santiago, de ver abrir la escuela tan ardientemente esperada. En la misma carta del 3 de febrero Monvoisin sugirió al Ministro de Instrucción Pública el nombre de las dos personas que él deseaba asociar como profesores:

“...Me serían necesarios, señor Ministro, dos sujetos que me ayudasen en mis trabajos, un Profesor adjunto y un Inspector: reservándome la dirección del todo. Me atrevo a esperar que el orden económico bajo el que plantearé mi establecimiento merecerá vuestra aprobación.

“Y me anticipo, Señor Ministro, a proponer los dos candidatos de mi elección, sin que ésta perjudique vuestra voluntad. El joven Don José Luis Borgoño como Profesor adjunto, y el joven Don Gregorio Torres como Inspector. Habiendo sido el primero mi discípulo en París, tuve ocasión de conocer su capacidad; y siendo hoy útil a mi fundación puede asimismo hacerse un hombre distinguido en este ramo. Conozco igualmente

<sup>1</sup> Archivo de la Legación de Chile en Francia y Gran Bretaña: 1842-1846; Vol. 4. En castellano en el original. (N. de la T.)

<sup>2</sup> En castellano en el original. (N. de la T.)

las buenas disposiciones del segundo, especialmente para la escultura: ellas serán un fuerte garante de su celo; y dándome los medios de hacer de él un hombre de provecho, llenarían también mi objeto empleadas en beneficio del establecimiento”<sup>1</sup>.

Los ecos de esta carta no tardaron en aparecer en la prensa. El joven y culto Domingo Sarmiento redactaba las noticias artísticas de *El Progreso*. En un artículo del 11 de febrero, titulado “Monvoisin”, se refleja la simpatía espontánea con que admira la elección de don José Luis Borgoño, heredero del gran general Borgoño y de don Gregorio Torres, su propio compatriota argentino:

“...Sabemos que se preparan algunas salas del consulado para abrir en ellas la academia de pintura que dirigirá el célebre artista nuestro huésped. El Señor Don Luis Borgoño, su discípulo en Europa, ha sido propuesto para presidir las clases, y sin duda que no ha podido hacerse una elección más acertada. El Sr. Borgoño tiene además de los conocimientos que ha adquirido en el dibujo, una capacidad conocida en la práctica de la enseñanza, que es una fuente de conocimientos quizá más abundante que el estudio elemental.

”El Señor Monvoisin dominado de aquellas simpatías de artista que hacen interesarse vivamente por el desenvolvimiento del talento, ha descubierto en los Andes y traído consigo a Santiago al joven Don Gregorio Torres, cuya capacidad artística se había revelado aún desde sus más tempranos ensayos. En el colegio de los Señores Zapatas se conservan todavía un *Mustafá*, una

<sup>1</sup> Archivo de la Legación de Chile en Francia y Gran Bretaña: 1842-1846. Vol. 4. En castellano en el original. (*N. de la T.*)

*Corina* y un niño dormido que honran mucho los talentos de aquel joven. El Señor Monvoisin prometiéndose mucho de la capacidad artística de su ahijado si era convenientemente cultivada, ha traído consigo al joven, dispensándole la protección de un padre y prometiéndole no economizar cuidados y auxilios de su parte, a fin de formarlo para la brillante carrera que su talento le prepara. Conducta tan desinteresada como generosa no honra menos el carácter personal del señor Monvoisin que su decidido interés por la difusión del bello arte que hace su gloria”<sup>1</sup>.

En estos primeros días de febrero se empezó a ver la posibilidad de dos escuelas: una bajo los auspicios del gobierno, y otra empresa personal de Monvoisin. El 8 de febrero el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, don Ramón Luis Irarrázabal, contestó la carta que don Francisco Javier Rosales le había enviado de París:

“...Ya se deja ver que el Gobierno no ha vacilado un momento en acoger los importantes designios del señor Monvoisin. Se establecerá, pues, cuanto antes se pueda, una academia de dibujo y pintura, bajo su dirección de cuenta de la República, y sin perjuicio de la escuela que de suyo quiera plantear el señor Monvoisin... Se le ha proporcionado, a su elección, una de las salas de los edificios desocupados (en el edificio de la antigua universidad) para la cómoda colocación de los objetos de pintura y escultura que conduce; y se le ha adelantado una cantidad de pesos, a cuenta de la asignación que se le señalara”<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> En castellano en el original. (*N. de la T.*)

<sup>2</sup> Archivo de la Legación de Chile en Francia y Gran Bretaña: 1842-1846. Vol. 4. En castellano en el original. (*N. de la T.*)

El dinero fué, pues, entregado por el Gobierno, y se inició la escuela. El acta que lo comprueba lleva la firma del presidente Bulnes y de don Manuel Montt, y fecha 10 de febrero de 1843:

“Hallándose el Gobierno actualmente en arreglo con el profesor de pintura don Raymond Quinsac Monvoisin, para el establecimiento en Santiago de una Academia de Pintura y Escultura, y deseando proporcionarle desde luego los recursos pecuniarios que necesita para esta planteación, de que indudablemente reportará grandes beneficios el país, he acordado y decreto: Los Ministros de la Tesorería General anticiparán al expresado Raymond Quinsac Monvoisin la cantidad de mil pesos deducida de la destinada a gastos extraordinarios, para subvenir a los de la planteación que tiene proyectada, bajo la respectiva fianza, que deberá otorgar, de devolverles con sus propios haberes, si no se verificase la contrata con el Gobierno, y de descontarlos con los auxilios que éste le asignare, en caso de que dicho convenio llegare a tener efecto”<sup>1</sup>.

¿Quiénes fueron los discípulos de Monvoisin en su escuela de Santiago? Don Gregorio Torres fué a la vez discípulo y profesor. Su compatriota, doña Procesa Sarmiento, hermana de don Domingo Faustino, estudió con Monvoisin. Ella se casó en Chile con un periodista, Benjamín Lenoir, editor del periódico francés de Valparaíso, *La Gazette des Mers du Sud*. La obra maestra de doña Procesa Sarmiento de Lenoir es, sin duda, su retrato de “Dominguito”, hoy en el Museo Sarmiento de Buenos Aires.

<sup>1</sup> En castellano en el original. (N. de la T.)

El discípulo más célebre fué Francisco Mandiola, que ingresó al taller del maestro en octubre de 1844, y que más tarde resultó el primer gran artista nacional de Chile.

Entre los jóvenes artistas chilenos mejor dotados de aquella época figuró don José Gandarillas, quien ya había estudiado con Rugendas y había sido pintado por éste. Con entusiasmo esperó, pues, don José la iniciación de la escuela de Monvoisin e ingresó desde los primeros días. El señor Eugenio Pereira Salas, biznieto de don José Gandarillas, ha conservado una carta preciosa de su abuelo, escrita a principios de febrero de 1843, que describe la sensación que la llegada de Monvoisin produjo en los medios artísticos de Santiago<sup>1</sup>:

“...En el día se habla mucho de pintura y de bellas artes en nuestro Chile, con motivo de la llegada del célebre Monvoisin que quizá tú habrás conocido en París y al menos oído nombrar porque es uno de los primeros pintores de Francia o quizá el mejor y ha venido aquí por ciertos disgustos que recibió en su país. El cónsul francés lo presentó al gobierno que ha prometido darle buena renta y agradarlo para que no se vaya más de aquí. Yo todavía no lo he visto, aunque muy pronto entraremos en relaciones, y he tenido gran gusto con su llegada, pues no teníamos aquí ni esperábamos cosa semejante, y toda la América nos va a tener envidia: él ha traído a más de eso todas sus pinturas, que servirán sin duda para una galería que se trata de formar.”

Al mismo tiempo que la escuela se convertía en un

<sup>1</sup> Carta dirigida a don Evaristo Gandarillas a París. En castellano en el original. (N. de la T.)

hecho real y cumplido, Monvoisin y sus amigos santiaguinos se ocupaban en disponer la primera exposición de pinturas europeas en Chile. No sabemos el número exacto de telas que Monvoisin trajo consigo, parte por Buenos Aires y la Pampa, y el mayor número por barco hasta Valparaíso. Deben haber sido por lo menos unas veinte; pero de estos dieciocho o veinte cuadros el pintor eligió nueve que le parecieron los más impresionantes para mostrarlos al público americano.

La exposición se realizó en la Antigua Universidad de San Felipe, en marzo de 1843. *El Progreso* del 4 de marzo dió la lista completa de los cuadros, con un resumen del tema de cada uno, preparado por el mismo Monvoisin. Estas telas eran:

"Alí-Bajá, Visir de Janina."

"Blanca de Beaulieu."

"Sesión del 9 Termidor."

"Eloísa en el sepulcro de Abelardo."

"Mendigo español."

"Niño parisiense pescando."

"Misa católica" (Bosquejo).

"Aristómenes."

"Juana de Arco."

Sarmiento vió la exposición antes de su inauguración, tal vez en una apertura para la élite cultural de la capital. El artículo de Sarmiento: "Pinturas de Monvoisin", del 3 de marzo de 1843, ha sido reimpresso en el Tomo II de sus "Obras Completas". La sensibilidad artística del gran periodista era franca y directa, entusiasta pero con discreción. Pudo ver en seguida que el "Niño parisiense pescando" tendría un éxito más rápi-

do ante el gran público que "Aristómenes", y aun que "Alí-Bajá" con todo su esplendor.

Pero hoy son estas dos últimas las que nos parecen representar mejor a la pintura romántica francesa en Chile. El poderoso claroscuro de "Aristómenes", aquellos matices de carne medio aclarada, el colorido uniforme y casi esmaltado del chal rojo, aquel cuerpo a la derecha que recuerda mucho a "Le Radeau de la Méduse" de Géricault, todo, nos hace pensar en el taller de Guérin de París y en la influencia prolongada de éste en Roma, pues Monvoisin pintó este cuadro en la Villa Médicis en 1824.

El magnífico "Alí-Bajá de Janina" es una sinfonía de colores. Los tonos de ocre y blanco dorado de los trajes, el rojo de los cojines, con una sola mancha de azul sober el diván, el fondo brumoso y azulado, debieron encantar a las damas de la alta sociedad chilena, que se veían ya "retratadas", en sus más finas sedas, por el genial pincel. Pedro Lira ha calificado al "Alí-Bajá" como un "...Delacroix suavizado"<sup>1</sup>; y Sarmiento precisaba así su impresión: "...Hay en él lo que podríamos llamar en literatura lujo de estilo, gala en el decir"<sup>2</sup>. Sin embargo, el deslumbramiento del colorido no es suficiente para que un cuadro sea verdaderamente grande; la falta de profundidad en la perspectiva, una cierta calidad "d'affiche", el pecho exageradamente abundante de Vasiliki, nos dejan con un sentimiento: si Monvoisin hubiese sido sólo un poco más grande...

El exotismo suntuoso del "Alí-Bajá" pronto hizo furor en Santiago. Se puede juzgar su éxito por la novela en folletín del mismo nombre, inspirada en el cuadro, que fué publicada en *El Progreso* del 21 al 29 de marzo.

<sup>1</sup> En carta a Ernesto Labadie.

<sup>2</sup> Obra citada. En castellano en el original. (N. de la T.)

Los cuadros expuestos en marzo de 1843 se ofrecieron en venta al gobierno chileno, en agosto de 1845, después de la partida de Monvoisin para Lima. Pero la cantidad de dinero necesaria no fué votada, a pesar de la elocuencia persuasiva de don Pedro Palazuelos, y la mayor parte de los cuadros pasó a la familia Cousiño-Goyenechea. Han quedado hasta hoy en el palacio Cousiño, que fué adquirido recientemente por la Municipalidad de Santiago.

Uno de los mejores, y de los menos conocidos de los cuadros traídos de Francia, pasó directamente a la familia Larrain. Es la "Misa católica" (Bosquejo), que se encuentra en la colección de don José Manuel Larrain Echeverría. La composición es muy interesante, con los dos planos terrestre y celeste; la simetría perfecta del grupo central delante del altar, y los colores suaves y delicados en tonos de gris, verde y rojo.

La Exposición tuvo un éxito triunfal y fué seguida por un diluvio de encargos de retratos. Desde los primeros días de su estada en Santiago Monvoisin había sido recibido no sólo por los viejos amigos que había conocido en Francia — don Mariano Egaña, don Miguel de la Barra, por su discípulo y colega don José Luis Borgoño —, sino también por la familia del que había sido su amigo más íntimo en París: don José Manuel Ramírez Rosales. Se hizo presentar, sin demora, a la madre del joven artista, doña Gertrudis Rosales y Larrain de Ramírez, de quien hiciera el retrato soberbio de la capa de armiño que está ahora en la colección de don Federico Sánchez Errázuriz, en Buenos Aires. Otras personas de la familia que posaron para Monvoisin fueron: la hermana de doña Gertrudis (y de don Francisco Javier Rosales), doña Mercedes Rosales de del Solar, y su marido, don Felipe Santiago del Solar; su

hija, doña Elisa del Solar de Valdés, y la mujer de don José Manuel Ramírez, que era doña Pastora Cortés y Alcázar de Ramírez Rosales, Marquesa de Cañada Hermosa.

Quinsac vivió desde 1843 a 1845 con rara intensidad. Fué la época heroica de su carrera en Chile. Los retratos de los grandes personajes de "la generación de 1842" se suceden con una rapidez fulgurante y casi sin desfallecimiento en la perfección de los detalles. El Presidente Bulnes en traje de gran gala; la "First Lady", doña Enriqueta Pinto de Bulnes, en el momento de ponerse los guantes; doña Dolores Correas de Lavalle, viuda del general argentino, que se había retirado a Chile; doña Javiera Carrera, hermana ilustre de los tres hermanos Carrera.

El año 1844 marca el apogeo de la carrera de Monvoisin como retratista. Es cierto que alcanzará momentos exquisitos durante su segunda permanencia en Chile, pero la excelencia sostenida en las obras de este año difícilmente se repite. Hemos elegido cuatro de una ejecución magistral.

El corifeo de la vida intelectual en Santiago era el rector de la Universidad de Chile, don Andrés Bello. Los retratos de don Andrés que se hallan en las Universidades de Chile y de Venezuela son de un realismo un poco duro si se los coloca al lado de la concepción profundamente "espiritual" de Monvoisin. Su retrato es el de un Bello que ya tenía 64 años. Hay algo de Prud'hon en sus rasgos suaves y brumosos y un rastro de Gilberto Stuart en la idealización del hombre noble y estudioso.

Por intermedio de doña Gertrudis Rosales, Quinsac conoció el poderoso linaje de los Larrain. Para doña Dolores Larrain y su marido, don Antonio Dámaso Za-

ñartú, compuso un cuadro inmenso de los dos padres con sus doce hijos, conocido siempre en Santiago bajo el nombre del "cuadro de los catorce personajes". Aunque el conjunto de la composición no es del todo feliz, hay partes excelentes, tales como el padre con su taza de té, la resignación contenta de la madre, el terciopelo tornasolado de los vestidos de las niñas sentadas.

De una inspiración muy distinta es el retrato de tamaño natural del coronel don Manuel Tomás Tocornal. Elegante y esbelto en su uniforme azul oscuro, el coronel se destaca contra un fondo de cordillera desde donde se ve descender una sugerencia del ejército de la reconquista. Por sus manchas rápidas y desenvueltas, que evocan un recuerdo de batallas, Monvoisin se ha convertido en el puente artístico entre Goya y los Impresionistas. Chile no posee un retrato de hombre mejor realizado que el del coronel Tocornal.

En los salones de Santiago del *Nuevo Extremo*, Quinsac conoció un refinamiento muy semejante al que creía haber abandonado en París. En casa de la encantadora y talentosa Isidora Zegers de Huneeus, los aficionados a la música y a las artes plásticas encontraban un hogar acogedor y simpático. Monvoisin hizo un retrato de doña Isidora, en cuya expresión parece asomar un reflejo de admiración conmovida del pintor.

El teatro y la ópera disfrutaron una prosperidad muy grande bajo la presidencia de don Manuel Bulnes. El joven amigo y colega de Monvoisin, don José Luis Borgoño, hizo cuanto pudo para mantener la excelencia de la "mise-en-scène" y de los decorados. *El Progreso* del 5 de abril de 1843 destaca "...el Señor Monvoisin igualmente ha ofrecido dar diseños y aun una que otra pincelada en algunas nuevas decoraciones de grande espec-

deculo que se proyectan" <sup>1</sup>. Así también con la ópera: las obras más recientes de Rossini, de Donizetti y de Bellini fueron montadas en Santiago en cuanto llegaron las partituras de Europa. Podemos juzgar la exactitud de los trajes por el retrato que Monvoisin hizo de la señora Clorinda Corradi de Pantanelli, en la *Norma* de Bellini.

A pesar de sus numerosas amistades y de sus satisfacciones halagadoras en dinero y en admiración, Monvoisin empezó a cansarse de la vida de Santiago. Ya no podía quedarse quieto; los viajes le eran tan indispensables como las buenas comidas a la francesa. Los ecos de las riquezas peruanas le llegaban de todos lados. Una carta escrita por Mauricio Rugendas, de Lima, el 22 de marzo de 1844, y dirigida a doña Isidora Zegers en Santiago, termina: "...Tenga usted la bondad de dar a todos memorias y recoméndome usted al maestro Monvoisin que ansía conocer personalmente (sic). Mauricio Rugendas" <sup>2</sup>.

Muy poco tiempo después de recibir esta carta, Monvoisin debió anunciar públicamente su intención de ir a Lima. Pero los acontecimientos políticos del Perú demoraron su partida e hizo publicar en *El Mercurio* del 12 de junio de 1844 el anuncio siguiente: "Aviso: Mr. R. Q. Monvoisin tiene el honor de anunciar a las personas que deseen ocuparlo, que el estado actual de convulsión en que se halla el Perú lo ha retraído de hacer su viaje a aquella República, y que se ha decidido a permanecer aún en ésta por algún tiempo. Con este motivo se halla apto para satisfacer ahora a las personas

<sup>1</sup> En castellano en el original. (N. de la T.)

<sup>2</sup> Una copia de esta carta se encuentra en la colección de don Eugenio Pereira Salas en Santiago. En castellano en el original. (N. de la T.)

que habían manifestado deseos de valerse de sus cortos conocimientos artísticos”<sup>1</sup>.

El regreso de Rugendas a Santiago con las noticias de la guerra civil en el Perú debió alterar los proyectos de Monvoisin. El deseo de aquél de conocer a Quinsac se cumplió en casa de doña Isidora Zegers, cuando Rugendas llegó a Chile, donde permaneció como un año antes de salir para la Patagonia y Buenos Aires. ¡Si sólo pudiéramos recoger las conversaciones entre estos dos grandes pintores viajeros que se encuentran por primera vez en casa de la musa chilena! Pero aunque no queden rastros del cambio de ideas entre el francés y el alemán, tenemos la esperanza de encontrar un día algún dibujo o documento que conserve este encuentro fabuloso.

En 1845 la situación del Perú estaba suficientemente tranquila para permitir el viaje de Monvoisin. Si abandonó Santiago con deseos de conocer el país cuyo nombre significa, en francés, fortunas astronómicas, los chilenos lo vieron partir con un sentimiento mezclado de melancolía. *El Progreso* del 29 de agosto de 1845 dice en un artículo titulado: “Mr. Monvoisin”:

“...Sabemos que este célebre artista a marchado al Perú para continuar su visita por el continente americano. El señor Monvoisin dejará sembrada la América de sus retratos, muchos de los cuales tienen un gran mérito artístico; y la generalidad son siempre superiores a lo que de este género conocíamos antes, y llevan impresas nobles señales del pincel del maestro que los trazó... La ausencia de Mr. Monvoisin a dejado a Santiago sin un retratista”<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> En castellano en el original. (N. de la T.)

<sup>2</sup> *Idem.*

## CAPÍTULO VII

### DOS AÑOS DE VIAJES

(1845 - 1847)

**S**UPONEMOS que Monvoisin no partió solo para Lima. Durante el transcurso de su primera estada en Chile, en un momento que no hemos podido precisar, se reunió con su antigua discípula Mlle. Clara Filleul, pintora de talento limitado que ayudó al maestro pintando los vestidos y las decoraciones en los cuadros de menos valor, y ejecutando las famosas “aplicaciones de encaje en la pintura fresca” que maravillaban a las damas de Santiago y de Lima. Se ha supuesto, sin razón, que este procedimiento fué inventado por Monvoisin, en Chile, para poder explotar más rápidamente los bolsillos de la alta burguesía sudamericana. La verdad es que ya lo había utilizado en París, y que Julio Janin lo había criticado duramente en un artículo de *L'Artiste* en abril de 1839:

“...Una innovación singular, y que no se puede admitir, es la tentativa de M. Monvoisin que ha enviado por lo menos catorce cuadros o retratos al Salón de este año. En uno tenía que representar a una persona bastante hermosa, de vestido rosado y muy adornada con encajes: encajes sobre los hombros, encajes en el ruedo del vestido, encajes en la bata. ¿Qué hizo el artista para evitarse el trabajo de pintar todos estos adornos tan

vaporosos? Pues simplemente aplicó sobre su pintura, aún fresca la blonda más rica que imaginarse pueda, y que dejó sobre ella un ligero rastro, con lo que el problema quedaba resuelto. Pero el artista no ha visto que no siempre le era posible hacer esta aplicación en el sentido del cuadro; tanto que el vestido va en una dirección y la puntilla en otra; además, nada menos agradable a la vista que estos medios mecánicos utilizados en el arte. Si se permite al pintor que aplique puntilla en su cuadro, acabará por hacerlo también con el terciopelo, los diamantes y las perlas, y llegará a colocar sobre la cabeza de sus personajes un sombrero de verdad... Siempre le costará menos a un pintor hábil hacer el mejor encaje de Malinas que aplicarlo —un valor de quinientos o seiscientos francos— sobre la pintura fresca, porque después de esta operación, la mejor blonda del mundo no servirá para nada.”

Si Monvoisin leyó esta crítica, no la tuvo en cuenta en lo más mínimo y los comerciantes de encajes de Santiago le debieron quedar agradecidos.

Quinsac emprendió el viaje a Lima con un doble fin: conocer tierras y embolsar oro. Partió sin duda de Valparaíso por vía marítima hacia mediados del año 1845. En Santiago son numerosos los retratos que llevan esta fecha, pero, por otra parte, el retrato grande y difícil del Presidente Castilla está fechado en “Lima, 1845”, igual que varios otros ejecutados ese mismo año en la capital peruana.

Es una gran suerte, para los admiradores de Monvoisin, que sea precisamente la estada en Lima, la época menos conocida de su carrera, la mejor aclarada gracias al estudio profundo, minucioso y amable del escritor peruano don José Flores Aráoz. Sus dos artículos en la

revista *Cultura peruana* de 1941 proporcionan una apreciación crítica de las principales obras de Monvoisin pintadas en el Perú. Hemos de agradecer al señor Flores Aráoz que, luego de haber encontrado una cantidad de cuadros completamente desconocidos (los de las familias Cucalón, La Fuente, Saavedra... etcétera), y de haber difundido la leyenda de una escuela de pintura fundada en Lima por Monvoisin, deje la puerta de par en par y el camino despejado para otros investigadores de la obra del gran pintor bordelés.

Con ayuda de una indicación tomada en el segundo artículo de Flores Aráoz, hemos podido encontrar otros cuadros peruanos de Monvoisin. Escribe lo siguiente:

“...Se nos cuenta que Monvoisin hizo además en Lima tres retratos para la familia Codesido. Dos de don Bernardino Codesido, uno de medio cuerpo y otro de tamaño natural, conservado por la familia de igual apellido en Lima, y otro de cuerpo entero y tamaño natural, existente en Chile en poder de sus descendientes, junto con el retrato de su hija doña Matilde Codesido de Bello, óleo también de cuerpo entero y tamaño natural”<sup>1</sup>.

En una visita que hicimos en Santiago a don Emilio Bello Codesido, vimos el hermoso retrato de su madre, doña Matilde Codesido de Bello. Sin embargo, este cuadro no está firmado, y el señor Bello Codesido nos ha asegurado que su madre le había dicho que “una ayudante” de Monvoisin era la autora, lo que confirma la suposición de que Clara Filleul acompañase a Monvoisin a Lima.

En otro salón de la casa del señor Bello Codesido vi-

<sup>1</sup> En castellano en el original. (N. de la T.)

mos el magnífico retrato, muy florido y primaveral, de la tía de éste, la señora Julia Codesido de Mora, que lleva la firma: "R. Q. Monvoisin. Lima. 1846." El colorido de esta tela, de una *señorita* aún muy joven, con sus múltiples matices de rosa, es una verdadera delicia.

En Viña del Mar hubo otro retrato de la familia de Codesido, pintado por Monvoisin; el de la "señora Josefa Oyagüe de Codesido con su niño Carlos", en la colección Cora Maillard de Toro. Pero este cuadro ha sido destruído por un restaurador sin escrúpulos que lo cortó en pedazos para revenderlos.

¿Dónde se encuentra hoy el retrato de don Aquiles Allier, pintado en Lima en 1846 y expuesto en Santiago en 1912? En este último año pertenecía a la señora La Jara de Valdés. Esperamos que nuestros amigos de Lima y de Santiago conseguirán encontrarlo.

El mismo Monvoisin y las personas de su familia nos han dejado poquísimos detalles sobre el viaje al Perú. Sabemos que debió pasar allí el fin de 1845 y todo el año siguiente, y que su familia de Francia recibió una carta fechada en Lima el 11 de septiembre de 1846. En carta de Ernesto Monvoisin, de 1903, se menciona un cuadro llamado "La Limeña", de cuerpo entero, tamaño natural que debió venderse en Francia, no sabemos a quién. Será el mismo cuadro que describió Monvoisin a don Miguel Luis Amunátegui: "...Le habló entonces que había pintado una limeña, cuyo rostro estaba cubierto por el manto, excepto un ojo de fuego, que valía por todo el cuadro" <sup>1</sup>.

Después de algunos altercados con el gobierno peruano el artista volvió a tomar el camino de Chile. Pode-

<sup>1</sup> Miguel L. Amunátegui Reyes: "Gregorio Víctor Amunátegui. Anhelos de un padre recordados por su hijo", Santiago, 1938; p. 226. En castellano en el original. (N. de la T.)

mos estar seguros de que abandonó Lima con los bolsillos llenos de oro contante y sonante, porque inmediatamente después de su llegada a Valparaíso hizo la transacción más importante de su vida: la compra del inmenso fundo "Los Molles" en Marga-Marga.

Es preciso creer que a intervalos determinados encontramos personas cuyos destinos se enredan con los nuestros. Como Roberto de Saint-Loup y Swann, que surgen y se hunden en el sueño proustiano, así el barón Picolet d'Hermillon, el opulento mecenas del tríptico gauchesco de Buenos Aires, se cruzaba de nuevo en la vida de Monvoisin; pero esta vez en la persona de su hermano, don Augusto Picolet d'Hermillon, cónsul de Cerdeña en Valparaíso. Ambos hermanos —diplomáticos por afición y por cierto sentimiento del deber— descendían de una familia de la vieja nobleza del Ducado de Saboya. A unos veintiocho kilómetros de Valparaíso don Augusto tenía su hacienda, fértil y señorial, "Los Molles". ¿Por qué sintió el deseo o la necesidad de venderla a comienzos de 1847? ¿Quién podría decírnoslo?

Monvoisin llegó oportunamente y aprovechó esta ocasión única. La escritura de venta se extendió en Valparaíso el 11 de febrero de 1847, y ese mismo día Quinsac escribió una carta a Francia, fechada en "Los Molles", para anunciar la compra de la propiedad. A partir de este momento (como si hubiera vuelto a sus "tierras ancestrales") y por mucho tiempo firmó: "Raymond Monvoisin de Quinsac". La escritura misma tiene un doble interés: para la historia de las grandes propiedades chilenas y para la estrella ascendente de Monvoisin. Citaremos el primer artículo:

"Los abajo firmados don Raimundo Monvoisin de Quinsac, de una parte, y don Augusto Picolet Hermillon, Cónsul jeneral de Cerdeña, de otra parte, han convenido

lo que sigue. Artículo primero. — El señor Picolet cede, traspasa y vende al señor Monvoisin, que lo admite, la hijuela dicha de los Molles que hace parte de la hacienda denominada Marga-Marga, que correspondió al finado don José Manuel Cobarrubias en las particiones de familia, tal cual fué entregada a dicho señor Picolet por el señor don Blas García, albacea del dicho finado José Manuel Cobarrubias con los mismos derechos y dependencias habidas y por haber sin más responsabilidad de parte del señor Picolet”<sup>1</sup>.

Tres “fundos” formaban antes la hacienda de Marga-Marga: “El Pequén”, “Los Molles” y “El Recreo”. Pero ya estaban separados en tiempos de los Picolet d’Hermillon. El vasto dominio de “Los Molles” se extendía en una superficie de veinte leguas cuadradas y el nuevo propietario pintor se veía frente a una montaña de problemas imprevistos: las vendimias, las cosechas, la vigilancia de los peones, la venta de los productos agrícolas. Resuelto a hacer producir su feudo, Monvoisin se decidió a realizar el enorme viaje hasta París para tratar de hacer venir de allá a alguno de su familia que pudiese disfrutar con él de esta cristalización de treinta años de sueños y de trabajo.

Hubiese querido que fuera Doménica Festa. En una serie de cartas apasionadas de las que sólo queda una tradición borrosa, Monvoisin suplicó a su mujer que se le reuniera en Chile. Su viaje a París fué para volver a verla y para encontrarse una vez más con la pequeña Blanca, de quien conservaba el retrato a la edad de seis años<sup>2</sup>.

De nuevo Monvoisin emprendió camino para el Perú,

<sup>1</sup> *Notarial de Valparaíso*. M. NAVARRETE. 1847-1848. Vol. 75, Fs. 54. En castellano en el original. (N. de la T.)

<sup>2</sup> Colección Clemente Vicuña Pérez en Santiago.

y en esta oportunidad también con Clara Filleul. Su paso por Lima fué corto, aunque tuvo tiempo de hacer el retrato de la señora Mercedes Subirat de la Fuente, fechado en “Lima, 1847”, y tal vez algunos otros. Su presencia en Lima está doblemente confirmada por una carta a su familia, del 25 de abril de 1847.

En velero desde el Perú hasta el istmo de Panamá; a lomo de mula por los fragorosos caminos de la jungla panameña, y en un segundo barco hasta las costas de Francia, hizo Monvoisin el largo y penoso viaje. Volvió a ver a París en verano, y desde allí escribió una carta el 25 de agosto de 1847. Su primera visita a la casa que había abandonado para conocer un mundo nuevo no se inspiraba tanto en el deseo de volver a verla como en el de poder gozar de la presencia de su hija querida. Durante su breve estada, hizo un tercer retrato de Blanca, que ya tenía entonces más de doce años; este cuadro, de tamaño natural, fué llevado no se sabe adónde durante el sitio de Boulogne en 1870.

Al ver que toda la elocuencia y el afecto del mundo no ablandarían el corazón de Doménica Festa, Monvoisin pidió a su sobrino y ahijado, Gaston-Raimundo, que fuese con él a Chile. Gastón aceptó, y los preparativos para su partida se habrán discutido en la mesa familiar de su padre, Pedro Monvoisin, el mayor, que era entonces Comisario de Policía en Saumur.

Tranquilizado y sostenido por los suyos, Raimundo Quinsac pudo regresar, al fin del verano, con la vista fija otra vez en el futuro. El camino de regreso pasaba por Río de Janeiro donde se demoró largamente. Sin documentos ni tradición oral que lo confirme, nos agradecería conjeturar si llevaba consigo una carta de presentación de sus amigos los caballeroscos y omnipresentes hermanos Picolet d’Hermillon para la Corte Imperial.

## CAPÍTULO VIII

### RÍO DE JANEIRO

(1847 - 1848)

**M**ONVOISIN llegó a la rada de Río de Janeiro el 15 de octubre de 1847, a bordo del velero francés *Le Vaillant*. La carta que envió a su hermano Pedro, en Francia, es el único documento del pintor sobre su estada en Brasil que ha sido conservado, y damos su contenido completo:

"A bordo de "Le Vaillant"  
"15 de octubre de 1847"

"Mi querido hermano:

"Frente ya Río de Janeiro vemos un buque que se dirige a Europa. Lo abordaremos para darle nuestra correspondencia.

"Te diré, querido amigo, para tranquilizarte sobre mi salud, que mis previsiones han sobrepujado mis esperanzas. Tan pronto como estuvimos en alta mar, puedo decirte que me sentí curado como por milagro. Hoy llevamos 45 días de viaje con el mejor tiempo del mundo, con excepción de algunas calmas que nos han hecho perder una docena de días.

"No puedo sentirme mejor. Besa a toda mi familia por mí. Un día, que espero no esté lejos, nos reuniremos. Hasta siempre R. Q. Monvoisin.

"Abro la carta. Río de Janeiro, 29 de octubre de 1847.

"He llegado aquí el 19 sin accidente, a no ser por dos muertes a bordo por causas imprevistas.

"Empezaré por decirte que, a pesar del extremo calor, me siento maravillosamente. He empezado a trabajar en un gran retrato del emperador en traje imperial. He sido perfectamente recibido por Su Majestad, que parece encantado con el retrato que voy a hacerle. Mi presencia aquí ha revolucionado a la gente de arte, a quienes les gustaría mucho mandarme al diablo... No importa, yo sigo adelante, y sólo quiero ver lo que aparentan sus saludos respetuosos. Lo demás poco interesa.

"Antes de abandonar este país te escribiré. A menudo se presentan las ocasiones.

"Adiós, mi amigo y querido hermano, te abrazo de corazón como a tu querida familia."

"Tendré a la emperatriz y otros."

Quando Monvoisin decía, en su carta, que su presencia había "revolucionado a la gente de arte", no exageraba. El retrato que hizo del emperador suscitó la admiración de algunos de sus colegas y la franca antipatía de otros. La capital brasileña fué teatro de una polémica pro y anti Monvoisin, entre el diario francés de Río de Janeiro *Le Nouvelliste* y el *Correio da tarde*, durante las varias semanas de su permanencia en ella. De estos celos y entusiasmos quedan las cenizas ahora bien apagadas, y a nada conduce soplar sobre ellas. Queda la belleza que el pintor ha sabido crear en el retrato de don Pedro II, una de las obras maestras de su carrera.

En sesiones rápidas pero intensas, en el Palacio de San Cristóbal, durante las cuales el emperador le hacía preguntas sobre la situación artística de Francia y de Italia, Monvoisin trazaba los rasgos jóvenes y brillantes

del monarca. El esplendor del gran aparato imperial le rodeaba por todas partes, y encontró su apogeo en el magnífico *manto do tucano* del emperador.

Este retrato fué exhibido por primera vez ante el público brasileño en la exposición de la Academia Imperial de Bellas Artes, en diciembre de 1847. Re- producimos la página del catálogo del Salón que nos indica los cuadros de Monvoisin y su domicilio en la ciudad.

Vimos ya que el pintor había utilizado su nombre de "Monvoisin de Quinsac" en el momento de la compra de "Los Molles". Si continuó usándolo en Río de Janeiro tal vez fuera porque quería ponerse al mismo nivel que los nobles de la corte imperial adonde lo invitaban y, como buen gascón (algo más que vecino de Cirano de Bergerac), se revestía ridículamente, con gusto y placer con el nombre de su abuela, la legendaria Toinette de Quinsac.

En ocasión de una visita al eminente historiador de arte, señor Francisco Marques dos Santos, en Río de Janeiro, éste nos dió muchos informes sobre el ambiente artístico brasileño al tiempo de la llegada de Monvoisin. Por él supimos que el número 163 de la *rúa do Ovidor*, donde paró el pintor, era un hotel francés, residencia preferida de todo viajero que venía de Europa.

¿De quién eran los otros dos retratos por Monvoisin citados en el catálogo del Salón de 1847? No lo sabemos. Pero en cuanto se refiere a la copia del retrato del emperador por "M. C. F.", podemos por lo menos adivinar que esta obra es de "Mlle. Clara Filleul", que regresaba a Chile, con su profesor, después de visitar a su familia, en Francia. Esta copia debe ser la que el Emperador Dom Pedro II mandara hacer para presentarla al rey Luis Felipe, por intermedio del Príncipe

de Joinville<sup>1</sup>, pero que llegó a Francia demasiado tarde, en aquel año fatal de 1848, para ser presentada al rey.

El destino de los grandes retratos de sus majestades ha seguido la evolución política del siglo XIX. Tenemos motivos para creer que solamente el de Dom Pedro II estuvo terminado a tiempo para el Salón de diciembre de 1847, y que Monvoisin prolongó su estada hasta el mes de enero de 1848 para terminar el retrato de la emperatriz Teresa-Cristina. Bajo el imperio, ambos cuadros estuvieron en la *sala das grandes recepções* del Palacio de San Cristóbal. En el momento de la abdicación del emperador, en 1889, acompañaron a la familia imperial al Château d'Eu en Francia. Después de la muerte del emperador, su yerno, el conde d'Eu, los hizo transportar a su residencia de la Avenue du Bois de Boulogne donde se encontraban en 1903, en la época en que Labadie preparaba su documentación sobre Monvoisin.

Más tarde volvieron al *Château d'Eu*, donde quedaron hasta fines de 1947, cuando la familia imperial tomó la decisión de repatriarlos al Brasil.

Monvoisin ha dejado, en sus notas autobiográficas, muy pocos datos sobre su estada en Río de Janeiro. Dice solamente de una manera lacónica: "... Los retratos ejecutados son innumerables... En Brasil el emperador y la emperatriz, así como muchas otras personas de la corte." A pesar de las investigaciones empeñosas de algunos estudiosos brasileños, la identidad y la suerte de estos retratos de "personas de la corte" son un misterio.

Aparte de los grandes retratos de sus majestades, se

<sup>1</sup> Cuñado del emperador Dom Pedro II, por casamiento con su hermana, la princesa Doña Francisca.

conocen tres obras de Monvoisin relacionadas con su visita al Brasil: son dos paisajes al óleo y uno sepia. Los paisajes son escenas de la bahía de Río de Janeiro, vistas desde el mirador de la iglesia de la Gloria. Es muy probable que estos cuadros hayan sido pintados por Monvoisin, a su regreso definitivo a Boulogne, sobre croquis que había bosquejado en el lugar. Damos la reproducción del paisaje que se encuentra en la colección de Raimundo de Castro Maya en Río de Janeiro.

El pequeño en sepia fué ofrecido por Monvoisin, en calidad de homenaje, a su colega brasileño el pintor Manoel de Araujo Porto-Alegre, el más afamado de los discípulos de Debret. Es un dibujo de un soldado romano en descanso, completamente en el estilo del maestro Guérin y lleva el nombre de "Belisario"; en el rincón a la izquierda está la rúbrica hidalga: "R. M. de Q." El álbum a que pertenece esta hoja pasó directamente de la familia de Porto-Alegre a la colección Marques dos Santos.

La tradición de la familia de Monvoisin refiere que el emperador deseaba que el pintor se estableciera en Río de Janeiro. Ernesto Monvoisin escribía a su primo Labadie, en agosto de 1903: "... A pesar de los ofrecimientos más seductores que le hiciera el emperador para que se quedara en Brasil, volvió a Chile doblando el cabo de Hornos, esta vez sin inconvenientes. Es probable que el clima mucho más saludable de este último país le conviniera más."

El emperador habrá visto partir a Monvoisin con mucho sentimiento, él que tanto amaba las artes y la belleza. Magnánimo como siempre, Dom Pedro II colmó al pintor de honores cuando fué anunciado el triste momento de la despedida. El 16 de enero de 1848 lo obsequió con un suntuoso reloj de sobremesa, acompañado

de estas palabras del Mayordomo de la Corte: "*Sua Magestade o Imperador me ordena de remeter a Mr. Monvoisin a prenda que acompanha esta como una demonstraço de apreço que o Mesmo Augusto senhor Faz do seu talento artistico. Cumprindo com este dever tenho igualmente a satisfaço de asseverar a Mr. Monvoisin da estima e consideraço que lhe tributa.* José Maria Velho da Silva."

Al día siguiente, Monvoisin recibió la orden de caballero del Cruzeiro, única condecoración acordada a su gran talento de artista durante su larga carrera. Hasta la muerte, Quinsac usó, con agradecimiento y orgullo, esta muestra de estimación del emperador del Brasil.

*Le Nouvelliste* de Río de Janeiro anunció, el 29 de enero de 1848, la distinción conferida al gran patriota: "Por decreto del 17 de este mes, Mr. Monvoisin de Quinsac, autor del retrato de cuerpo entero del emperador, ha sido nombrado caballero de la orden imperial del Cruzeiro."

Pocos días después el artista debió despedirse del monarca benévolo que lo admiraba. En carta fechada el 27 de enero de 1848 Monvoisin da parte a su familia de su inclusión en la orden de la Cruz del Sud. En los primeros días de febrero estaba seguramente navegando "rumbo a Valparaíso".

El recuerdo de la bondad de Dom Pedro II fué muy caro para el artista. Por intermedio del embajador de Chile en la corte imperial de Brasil envió, desde "Los Molles", un año después, un cuadro de un "joven araucano de Chile", como testimonio de su rendida admiración. El Mayordomo de la Corte, Dom José María Velho da Silva, agradeció al embajador de Chile su envío, el 5 de diciembre de 1849.

No puede uno dejar de conmoverse ante esta amistad de artista que ligaba a dos hombres separados por mil leguas de desierto y de jungla, pero que permanecían unidos por una honda simpatía.

## CAPÍTULO IX

### LA SEGUNDA ESTADA EN CHILE

(1848 - 1857)

UN POCO más de un año Monvoisin había cruzado el Atlántico dos veces, costeando el continente sudamericano. Después del larguísimo viaje, la vuelta de Valparaíso a Los Molles fué pintoresca y agradable. Entre una nube de polvo se veía, a lo lejos, llegar al pintor a lomo de burro, con sus largas piernas colgando, un negrito delante y una negrita detrás (adquisiciones de su permanencia en Brasil); sobre sus cabezas un inmenso quitasol de plumas de avestruz.

Muy a menudo se refería esta historia en la familia, como también aquella de la vida posterior del joven negro, Severino, quien tenía gran admiración por su amo. Cuando los Monvoisin abandonaron Chile diez años más tarde, Severino dejó a su compañera desconsolada en el "fundo", se refugió a bordo y siguió a la familia hasta París. En las calles sombreadas de Boulogne se paseaba orgulloso detrás del pintor. Durante la guerra de 1870 se enganchó con los zuavos para tocar el tambor, cayó enfermo en un invierno desconocido para él, fué llevado a convalecer a Argelia y murió cerca del país de sus abuelos.

Como un *leit-motif* que se repite con variaciones infinitas: "Los Molles" es el dulce retiro que atrae siem-

pre a Monvoisin durante sus diez años de *Wanderung* en Chile. Nunca se queda tranquilo. Entre su "fundo" y la ejecución de varios centenares de retratos de todas clases repartió su energía inagotable. A caballo, en mula, en diligencia, siempre viajando. En Santiago tenía un taller en un inmueble que pertenecía a don Francisco Arriagada y que había sido instalado por Ernesto Char-ton. En Valparaíso se alojó, al principio, en la calle del Cabo y luego en la del Colegio N° 90. Esta última casa, situada en el centro de la ciudad, era amplia y rodeada de jardines. El pintor tenía allí dos talleres: uno en la casa y el otro, muy grande, en el jardín, para ejecutar las *toiles-machines*.

Las cartas de esta época prueban su inquietud errante: el 13 de marzo de 1848 estaban en Valparaíso, el 23 de septiembre en Santiago y el 15 de enero de 1849 escribe desde Los Molles.

Su sobrino, Gastón-Raimundo, se embarcó para Chile en Burdeos en noviembre de 1848, y tal vez para confirmar su llegada sano y salvo a la nueva propiedad familiar dirigió Monvoisin, a su hermano, la carta de enero de 1849. Gastón tenía 28 años y su tío le encargó la vigilancia del "fundo". Había hecho traer de Francia máquinas agrícolas muy costosas, para explotar mejor sus tierras, pero los "rotos chilenos" no querían saber nada y las dejaron enmohecer, tristes y abandonadas, en los campos de Marga-Marga.

Al igual que Balzac, Monvoisin tenía pasión por enriquecerse. Con Gastón bien instalado en Los Molles, se encontraban libre para hacer viajes más largos, ¡él que era inquieto hasta las uñas! Durante los meses de junio y julio de 1849, hizo un viaje a Copiapó, donde fundó una sociedad anónima bajo el nombre de "Mon-

voisin y compañía", para explotar las minas de plata<sup>1</sup>. Pero la engañifa no fué menos ilusoria que las famosas minas de Cerdeña que sedujeron a Balzac, y sólo consiguió salvar los gastos.

Sin embargo, no todo fué desagradable en este viaje al norte de Chile. En Copiapó hizo el hermoso retrato, sobre cobre, del ingeniero Antonio Carrossini Toutain, que es uno de los estudios psicológicos más delicados que haya dejado en América.

Siempre era para él un placer volver a Los Molles, con sus colinas onduladas, sus doradas viñas, su vieja casa señorial de patios frescos y acogedores, perfumados por las glicinas y las madreselvas. En el "comedor" había pintado al óleo, sobre el yeso de las paredes, una serie de frescos de las "Musas" y un gran ramo de flores. Deteriorados y borrosos con el tiempo estos frescos parecen surgir hoy de un pasado tan lejano como los de Pompeya.

¡Con cuánta nostalgia nos paseamos ahora por los corredores arruinados de Los Molles, evocando "lo que el viento se llevó" y sintiendo que se oprime el corazón como con una obra de Checov...! Aquí Monvoisin invitaba a sus vecinos y mejores amigos a fiestas íntimas, a los Ramírez, a los Rosales, a los Cortés, o les devolvía la visita en sus "fundos" de "Purutún" o de "El Batro", donde pintó un fresco de las tres Marías en el sepulcro, destruido por un temblor de tierra a principios de siglo.

En la casa de don Santiago Rosales pintó un cuadro que refleja dos épocas muy diferentes de la vida chilena. En él se ven sobre la pared de un salón de 1849 tres retratos de familia que pertenecen a la generación ante-

<sup>1</sup> Notas del archivo de Ernesto Labadie.

rior: los de don Juan Enrique Rosales, el Padre de la Patria; el de su mujer, doña Rosario Larrain Salas de Rosales, y el de su sobrina Teresa. Y de la generación de Monvoisin, sentados en medio del salón, a don Santiago Rosales, gran amigo del pintor desde los tiempos de París; la hija de don Santiago, la pequeña Clorinda, está sentada al lado de su padre, como una imagen de la niña juiciosa, digna ilustración para Mme. de Ségur. Y ¡cuánto encanto en la naturaleza muerta del sombrero de copa y del incensario y salero de plata que llenan los dos extremos del cuadro en composición sutil!

En este año de 1849 tenemos la última indicación de un intercambio de comunicaciones entre Monvoisin y su hija. El 13 de octubre de 1849 Blanca Monvoisin envió a su padre una carta desde París para anunciarle que al día siguiente cumplía quince años. ¿Será una respuesta a la de su hija la carta escrita por Monvoisin en Los Molles el 4 de enero de 1850? Así podemos creerlo.

Hacia 1850 Quinsac terminó el más hermoso de sus autorretratos<sup>1</sup>. Es el hombre de sesenta años, con la fuerte determinación para resistir a la vejez que se sienten llegar, con el orgullo del buen trabajo reconocido y recompensado. Es un cuadro que debería tener su lugar en la historia del arte francés del siglo XIX, al lado de los autorretratos de Delacroix, de Courbet y de Degas.

Desde 1850 a 1852 se ocupó mucho de pintura religiosa. Sus vecinos más cercanos eran los padres franceses, cuya casa de veraneo, "Los Perales", se encuentra a unos diez kilómetros más allá de Los Molles. Monvoisin debió hacer, para ellos, algunos cuadros de los que desgraciadamente no quedan rastros. Su obra religiosa más importante fué el inmenso "Cristo" de la catedral de

<sup>1</sup> Antigua colección Roberto Heymann. París.

Concepción, cuyo origen nos ha indicado monseñor Víctor Barahona: "...Don Francisco de la Arriagada regaló a la Catedral de Concepción de Chile un cuadro religioso que ejecutó el pintor Raimundo Q. Monvoisin: "El Cristo de Monvoisin", una de las buenas producciones del pincel de este renombrado artista durante su permanencia en Chile... El precio pagado a Monvoisin por su obra fué de seis mil pesos de nuestra antigua moneda de oro... Mide la tela 4.84 metros de alto por 3.40 de ancho. A la izquierda del cuadro, abajo, hay la firma que dice: R. Q. Monvoisin. 1852, Chile"<sup>1</sup>.

Debemos mencionar también la "Virgen Purísima", de la antigua colección Luis Álvarez Urquieta, y el interesante retrato de un Canónigo de la Catedral de Santiago, que vimos gracias a monseñor Barahona.

Durante las prolongadas ausencias de Quinsac no todo andaba bien en Los Molles. Gastón tenía malos ratos con las cosechas, con los "huasos", que conocía poco y de quienes era aún menos conocido, "¡este gabacho recién llegado!" Y se puede adivinar que las relaciones entre tío y sobrino se hacían cada vez más tirantes, con rabieta tormentosas, seguidas por días enteros de silencio mohino. A fin de dar a Gastón un motivo para trabajar más seriamente y enorgullecerse de Los Molles, Quinsac hizo levantar un extenso documento, ante escribano, cuya esencia citamos:

"En la ciudad y puerto de Valparaíso, a nueve días del mes de mayo, en mil ochocientos cincuenta y un años. Ante mí, el Escribano y testigos comparecieron por una parte don Raymundo Monvoisin de Quinsac y por la otra don Raymundo Ernesto Gastón Monvoisin. Los

<sup>1</sup> Reinaldo Muñoz: "La iglesia Catedral de Concepción de Chile"; 1910. pp. 91 y 92. En castellano en el original. (N. de la T.)

comparecientes, a quienes doy fe conozco, dijeron que a efecto de otorgar una escritura de donación remuneratoria que el primero hace al segundo, y una de la sociedad entre ambos, me pasaban y pasaron una boleta firmada por ambos, cuyo tenor con el documento en que consta haber satisfecho los derechos fiscales de alcabala son como siguen:

“Señor Escribano don **Máximo Navarrete**. Sírvase usted extender en su protocolo de instrumentos públicos a su cargo uno que acredite: que don Raymundo Monvoisin de Quinsac, de edad de cincuenta y ocho años, hace donación entre vivos a su sobrino don Raymundo Ernesto Gastón Monvoisin de edad treinta años quien acepta: de la mitad de la hijuela dicha de Los Molles, que hace parte de la hacienda denominada Marga-Marga, cuya hijuela es de su propiedad en virtud de una contrata de compraventa celebrada con don Augusto Picolet d’Hermillon el diez y nueve de febrero de mil ochocientos cuarenta y siete: ambas partes declaran contratar espontánea y libremente, bajo las consideraciones y condiciones siguientes:

”Primero. — Don Raymundo Monvoisin de Quinsac, en remuneración de servicios y beneficios en Francia del padre de don Raymundo Ernesto Gastón Monvoisin de Quinsac (*sic*), como también de servicios personales, y en consideración de la promesa que hace Don Raymundo Ernesto Gastón Monvoisin de dedicarse exclusivamente a los trabajos de la mencionada hijuela durante la vida del donador y bajo el mando y gestión de dicho Raymundo Monvoisin de Quinsac, le da la mitad de dicha hijuela incluso los animales, edificios, árboles y cosechas y le concede también la mitad de los aumentos y mejoras futuras: cuya donación queda irrevocable, salvo los casos de desobediencia perjudicial, atentado a su

vida, maltrato, injurias graves y demás causas que las leyes califican de ingratitud”<sup>1</sup>.

En los cuatro artículos siguientes. Quinsac especifica más en detalle los deberes y las remuneraciones de su sobrino. El **contrato** fué cumplido hasta el 19 de mayo de 1854, cuando los dos firmantes, habiendo consultado a abogados chilenos y franceses, descubrieron que semejante donación no era posible según la ley chilena: los dos Monvoisin se presentaron, en consecuencia, de nuevo ante don Máximo Navarrete para hacer constar lo siguiente:

“...En esta virtud ambos en revocar por mutuo disenso la expresada escritura del centro fecha nueve de Mayo de mil ochocientos cincuenta y uno, dejándola sin ningún valor ni efecto desde ahora para siempre como si jamás la hubieran otorgado; y como desde que se han persuadido de su nulidad han arreglado sus derechos y acciones sobre esta escritura, declaran también que nada se deben el uno al otro por razón de ella, pues dejan las cosas tales como estaban antes de su otorgamiento, dándose mutuamente un completo finiquito y cancelación de todo para no volver a tocar este asunto, dejándolo acabado para siempre jamás”<sup>2</sup>.

El casamiento de Gastón con una joven francesa de Valparaíso ha tenido algo que ver también en la abolición del contrato con Quinsac: la familia se unía cada vez más; los años de vida juntos allanaban las dificultades y los malentendidos.

<sup>1</sup> Notarial de Valparaíso, M. Navarrete, años 1850-1852. Fs. 244, Nº 206. En castellano en el original. (*N. de la T.*)

<sup>2</sup> Al margen del contrato precedente. En castellano en el original así como la nota anterior. (*N. de la T.*)

Quinsac tenía muchos amigos en la colonia francesa de Valparaíso, casi todos bordeleses como él. En 1853 hizo los retratos del señor y de la señora de Claveau, a cuyo hijo le había dado clases de dibujo; estos retratos fueron enviados por Monvoisin al Salón de París de 1853, y fueron los únicos cuadros que hizo exponer en Francia durante su permanencia en América.

Hacia 1855 hizo el retrato de cuerpo entero y de tamaño natural, en traje de baile, de su joven vecina de la calle del Cabo, en Valparaíso, la hermosa Mme. Guilhou, que murió en Burdeos algunos años más tarde. Este cuadro estaba, hacia 1900, en casa de una hermana de Mme. Guilhou, en Francia.

Época de trabajo intenso sin interrupción... Si Monvoisin hubiese hecho un retrato por semana, durante los diez años entre 1848 y 1857, podría haber terminado más de quinientos. Con la ayuda de Clara Filleul y de otros discípulos produjo, por lo menos, trescientos retratos en Chile. El catálogo de su obra en América queda por hacer, y será un trabajo apasionante para todos los que aman el encanto fugaz de las cosas de antaño.

No hay más que mirar el árbol genealógico de cualquier gran familia de Chile, bajo las presidencias de don Manuel Bulnes y de don Manuel Montt, para encontrar a Monvoisin. Si se toma como ejemplo la familia de don José Luis Borgoño, amigo íntimo de Quinsac, se descubrirá: el retrato de su padre, el general Manuel Borgoño; el de la mujer del general, doña Mercedes Vergara de Borgoño; los de cada una de las tres hermanas de don José Luis: doña Julia Borgoño, doña Eugenia Borgoño de Barros y doña Elena Borgoño de Veillon; el del marido de esta última, doctor Veillon; el retrato de la mujer de don José Luis, doña Margarita Maroto de Borgoño y el de su suegro, el general Maro-

to con la hija de don José Luis, la pequeña Antonia Borgoño Maroto.

El dinero que Monvoisin recibía por los retratos que hacía en Chile fué considerable. Hemos encontrado una referencia a ello en una agenda para el año 1853 que perteneció a don Manuel Solar Gorostiaga, esposo de doña Rosario Echeverría Guzmán: "31 de julio pagué a Mr. Raimond Quinsac Monvoisin \$ 414, valor nuestros retratos" <sup>1</sup>.

La misma agenda esclarece el origen de dos cuadros históricos, perdidos hoy, que Quinsac ejecutó en el gran cobertizo del jardín de la calle del Colegio, en Valparaíso:

"1º de agosto. Firmamos hoy con Mr. Monvoisin dos contratos de un tenor en papel simple, por lo cual consta que nos obligamos mutuamente Monvoisin a pintarme dos grandes cuadros de 5 a 6 varas de frente por 3 a 4 de alto y cuyos asuntos serán del uno la dimisión de O'Higgins y del otro la prisión de Caupolicán; y yo a pagar por ellos a Monvoisin tan pronto como me sean entregados aquí perfectamente acabados \$ 3.000 en dinero corriente" <sup>2</sup>.

El tema del Caupolicán parece haber sido sugerido a Monvoisin por Miguel Luis Amunátegui. Para documentarse y hacer una buena colección de croquis de fisonomías de los indios, el pintor hizo un viaje a Araucanía, hacia 1854-1855.

La gran tela histórica de la "Dimisión de O'Higgins" fué pintada hacia la misma época. "Vi esta última tela,

<sup>1</sup> Copiado en un cuaderno manuscrito del señor Luis Alvarez Urqueta. En castellano en el original. (N. de la T.)

<sup>2</sup> En castellano en el original. (N. de la T.)

dice Vicuña Mackenna en 1860, mal enrollada, en un comercio de Lima. Felizmente hice hacer una fotografía que se reprodujo en grabado”<sup>1</sup>. Este cuadro parece haber desaparecido completamente.

La excelencia y el encanto de un retrato por Monvoisin no pueden juzgarse, anticipadamente, por el año en que fué pintado: la desigualdad de Monvoisin era cuestión de días, de pequeñas cosas imperceptibles: una gasconada, un vaso de buen vino tinto, podían provocarle la tensión nerviosa necesaria para hacer una creación artística superior, así como un largo viaje a caballo en un día lluvioso, o una contrariedad en el fundo, podían ser las causas de un retrato mediocre y sin valor.

¡Qué sol espléndido debió brillar sobre Santiago mientras Monvoisin hacía el retrato de doña Milagros Mansenlli de Sánchez, en 1854! Los conocedores están todos de acuerdo en aclamar esta obra como la más perfecta que haya dejado en Chile.

Igualmente comparables, por su distinción y su elegancia, son los retratos de don Fermín Vergara Rencoret y doña Tránsito Montt Albano de Vergara, terminados en diciembre de 1856, entre las últimas obras de Monvoisin en América.

Hemos encontrado un contrato autógrafo, redactado en 1855, entre Monvoisin y su “ayudante”, Clara Filleul, que es quizás el último que Quinsac haya hecho. Reproducimos su texto:

“Pagaré, de la fecha en seis meses, a la orden y disposición de la señora doña Clara Filleul, la cantidad de seiscientos cuarenta y seis pesos en moneda corriente de oro o plata sellada por igual valor recibido en dinero

<sup>1</sup> Nota manuscrita de Ernesto Labadie.

efectivo a mi entera satisfacción y sin derecho a reclamo, y en caso de no pagar a su vencimiento, abonaré además el interés de nueve por ciento al año hasta su entera cancelación sin perjuicio de la vía ejecutiva, cuyo cumplimiento hipoteco todos mis bienes habidos y por haber en toda forma de derecho. Valparaíso, 1º de marzo 1855. R. Q. Monvoisin”<sup>1</sup>.

Durante los últimos años de los Monvoisin en Chile, Clara Filleul vivió en Los Molles, y a más de hacer retratos, ayudó mucho a la mujer de Gastón Monvoisin en el cuidado de los niños.

En 1856 Quinsac hizo publicar un “aviso” para que se retirasen los retratos no entregados, anunciando su partida para el 1º de enero de 1857. Pero no se fué tan pronto. ¿Sería por tener todavía varios retratos en curso cuando empezó el año 1857? ¿O será más bien que Quinsac y Gastón quisieran esperar la vendimia y la cosecha de 1857, antes de abandonar “Los Molles”?... Además, el océano estaría más tranquilo si se esperaba la primavera.

En una nota de una viva espontaneidad Ernesto Labadie ha conservado los detalles de una conversación que tuvo en París, el 2 de diciembre de 1904, con el señor Augusto Lathoud, que había sido alumno del colegio de los padres franceses en Valparaíso y muy amigo de los Monvoisin en Los Molles. Lathoud había hecho el viaje de regreso con los Monvoisin y nos ha proporcionado este relato precioso:

“Monvoisin abandonó Valparaíso de repente, después de haber vendido, con apremio, su mobiliario en remate. Se embarcó con su familia a principios de septiembre

<sup>1</sup> Propiedad del autor. En castellano en el original. (N. de la T.)

de 1857 (su pasaporte está fechado el 3 de septiembre), a bordo de un buque francés, el *Coquimbo*, de tres mástiles, y después de 105 días de travesía el barco hizo escala en Pauillac. El 24 de diciembre desembarcaron en Burdeos, donde pararon durante algunos días en el Hôtel Marin. El 1º de enero de 1858 llegaron a París.”

## CAPÍTULO X

### EL REGRESO A FRANCIA Y LOS RECUERDOS DE AMÉRICA

(1858 - 1870)

**H**EMOS visto que el regreso a Francia fué repentinamente resuelto en Los Molles. Pero, ¿no habrá sido el cumplimiento, largamente pensado, del sueño de todo francés expatriado que desea morir en la dulce tierra de Francia? Tanto más en el caso de Monvoisin, para quien volver a ver Francia no sólo era volver a lo suyo, sino también una especie de apuesta con la suerte, un desafío arrojado al rostro de aquellos que lo habían echado en olvido. Como tantas otras, esta apuesta la perdió Monvoisin según lo indica en sus notas:

“...Acabé por regresar a Europa con una situación mediocre, en 1858. Tuve la debilidad de alentar todavía esperanzas en el recuerdo de mis conciudadanos. ¡Error! ¡Error! No encontré más que el olvido y la indiferencia, y mi nombre casi borrado. Mi edad avanzada no me permitía volver a la tierra extranjera...”

Valiente, orgulloso, indomable en la energía arrogante de sus sesenta y ocho años, recommenzó su vida en Francia, con la familia de Gastón-Raimundo, en un gran departamento en el segundo piso del número 3 del Quai Conti, en el corazón de París. Allí Quinsac co-

menzó a llevar a la tela los recuerdos de América, que había llevado en forma de croquis y acuarelas.

Luchando contra la tristeza invasora de la vejez, mirando cara a cara al sol poniente de su vida, produjo, en el año de su regreso, una de las obras maestras de su existencia: "Los refugiados del Paraguay". Esta tela, de tamaño natural, muestra, según el catálogo del Salón de París de 1859: "Dos esposos en el Paraguay: Después que los indios de las pampas (República Argentina) masacraron a sus hijos, se ven obligados a huir de sus enemigos." En realidad (esa realidad prosaica que siempre es alterada por el espíritu y la mano del artista), estos dos personajes criollos eran el "jefe de los peones del fundo de Los Molles" y la nodriza chilena de la pequeña María Luisa, hija de Gastón-Raimundo Monvoisin. Pero, como con el resero de la familia Zumarán que pudo convertirse en "El Gaucho Federal" la identidad de los personajes de un gran artista tiene menos importancia que su personalidad vibrante, que nos llega por el intermedio genial del pintor. Y este momento de dolor atolondrado, la angustia comprimida en la garganta de esta madre que ya no lo es, el atontamiento de esta cabeza de hombre, magistral en la adversidad, estos elementos sentidos y revelados profundamente en tonos rojizos de crepúsculo, forman el último éxito importante de Monvoisin.

¿Por qué esta tela ha permanecido tanto tiempo desconocida? Sencillamente, porque quedó en poder de la familia del artista hasta el momento de su compra, hacia fines de 1947, para la colección de Antonio Santamarina, de Buenos Aires. Tenemos la impresión de que Eduardo Schiaffino pudo ver "Los refugiados del Paraguay" en ocasión de su visita a Boulogne en 1904. Pero es natural que la familia Monvoisin haya querido con-

servar esta obra maestra que representaba lo más precioso de su patrimonio.

En el mismo salón se expusieron otras dos telas, recuerdos de los años chilenos de Monvoisin: "Caupolicán, jefe de los Araucanos, prisionero de los españoles" y "Una chilena prisionera de los indios de las costas de Araucanía". Después de la muerte del pintor estas dos telas fueron cedidas, por su sobrino, a Doménica Festa, quien las vendió luego a la familia Cousiño, que a menudo visitaba a París. Pedro Lira habla del "Caupolicán" en una carta a Labadie: "Muchas figuras, sin carácter suficiente, fondo de decoración de ópera."

El naufragio del bergantín "Joven Daniel", en 1849, entre Valparaíso y Valdivia, se ha hecho casi legendario en Chile, porque en esta catástrofe perdió la vida la joven y bella Elisa Bravo. Recaredo Tornero, que refiere los detalles del naufragio y del asesinato de los sobrevivientes por los araucanos, bajo la dirección del cacique Curin, termina así su relato:

"Esta horrible catástrofe, cuyos pormenores hemos extractado de las relaciones más auténticas publicadas en aquella fecha, ha dado origen a dos magníficos cuadros salidos del artístico pincel de Monvoisin; el primero, que representa a la joven Bravo al momento de caer en manos de los indios, es inexacto en sus detalles y en su argumento. El segundo, que la hace figurar en la ruca del cacique nace de la idea, generalmente admitida hasta muchos años después, de que Elisa Bravo sobrevivió a la catástrofe, habiéndola tomado por esposa el mismo cacique" <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Recaredo S. Tornero: *Chile Ilustrado*: Valparaíso, Librerías y Agencias del Mercurio, 1872; p. 384. En castellano en el original. (N. de la T.)

Una nota manuscrita del señor Luis Alvarez Urquieta nos proporciona una frase muy interesante de Benjamín Vicuña Mackenna, referente a los dos cuadros de Elisa Bravo: "En cuanto a las dos telas originales de Monvoisin, reproducidas en diversos cromos y litografías colorizadas, vimos por última vez sus originales en la casita de campo que Monvoisin, ya octogenario, ocupaba en 1870, año en que murió, a orillas del Sena y en la vecindad del bosque de Boulogne"<sup>1</sup>.

La segunda de estas dos últimas tiene mucho encanto. La mujer joven, rechazada por los hijos que ha tenido con el cacique, muestra su indiferencia introspectiva. La decoración tropical y la exactitud de los tipos indígenas forman parte del gusto francés por el exotismo multicolor, pero exacto, que produjo, en la misma época, "Salambo", "Lakmé" y "Los Pescadores de Perlas". En 1860 Monvoisin convirtió los dos cuadros de Elisa Bravo en litografías, y una segunda tirada apareció en 1861.

La familia de Gastón-Raimundo Monvoisin tenía ya un hijo y una hija nacidos en Chile, y la perspectiva de un tercer niño llevó el pensamiento de los padres hacia una casa más grande en los suburbios de París. Fue así como Quinsac y Gastón compraron juntos, en 1861, la propiedad de la *rue de Sèvres 25* en *Boulogne-sur-Seine*. Esta casa todavía existe, con su gran jardín al fondo, donde Quinsac plantaba y cuidaba sus hierbas medicinales, algunas de las cuales crecen hoy en el mismo lugar donde sus manos las colocaron. Su taller estaba instalado en el primer piso de la casa, y antes había otro en medio del jardín, así como el que tenía en Valparaíso para hacer su "Abdicación de O'Higgins".

Desde el patio delante de la casa Monvoisin podía

<sup>1</sup> En castellano en el original. (N. de la T.)

mirar enfrente, sobre el Sena, la colina de Saint-Cloud, dorada por el sol del fin de la tarde, allá donde sus colegas, Flandrin, y un poco más lejos, Corot, perseguían el mismo ideal efímero.

"Regresar a la tierra extranjera..." — En estas palabras bíblicas Monvoisin concentraba todas las "saudades" que sentía por la América de su edad madura. Allá se escapaba, en su imaginación, al crear una decena de paisajes, "recuerdos de mis viajes a América". Ya hemos ofrecido las reproducciones de los dos paisajes de Río de Janeiro y el de Los Molles. En las páginas siguientes damos otro de estos recuerdos: "El golpe de viento en la cordillera". En este último, trágico y atormentado, se descubre el fondo austero del Aconcagua. Otros paisajes han aparecido en los remates, de tiempo en tiempo, en Santiago; pero ¿dónde estarán hoy?

Como una réplica a estas escenas lejanas Monvoisin creó en 1864 un rincón de parque francés, delicado y variado en sus tonos de pecho de paloma y de verde atenuado. ¿No será en una calle de árboles del *Bois de Boulogne* donde el pintor, de 74 años de edad, se complacía en pasear del brazo de su sobrino? En el rincón de la derecha se ha representado a sí mismo pintando, mientras una señora elegante lo mira. Nada más conveniente que este cuadro haya encontrado su camino hacia Chile, donde es admirado por todos los aficionados al arte, en el Museo de Santiago.

La fe religiosa y el cariño a los suyos, que lo llamaban "papauelo", sostuvieron el espíritu de Monvoisin durante sus últimos años:

"Me he resignado y me resigno a esperar, rodeado de la familia que me he creado y de las que no tengo sino que estar satisfecho por sus buenas consideraciones y su

afecto, un fin que, como lo espero, no tardará mucho.

"Debo esta última palabra a mi nueva creencia en el espiritismo, de no ver en mi penoso pasado sino pruebas infligidas por una preexistencia donde seguramente habré fracasado. En fin, desde mis primeros años hasta hoy, puedo decir que siempre he navegado contra la corriente. De temperamento más bien débil, pero de voluntad firme, he podido resistir tantos obstáculos. Debo dar gracias a Dios por las pruebas que he sufrido y soportado con suficiente valor, según creo, para que ellas me sean tenidas en cuenta" <sup>1</sup>.

El espiritismo que había entusiasmado a Balzac, y que era como la médula del poder poético de Víctor Hugo, dirigía la vida de Monvoisin desde 1861. Se hizo amigo íntimo de Allan Kardec, fundador de la Sociedad Espiritista de París. Para esta sociedad pintó cuatro escenas de la vida de Juana de Arco; las tres primeras han quedado en la intimidad del círculo espiritista hasta la ocupación alemana de 1940-44, cuando la sociedad fué dispersada y las telas llevadas a un destino desconocido. La última escena, "La Hoguera", quedó sin terminar a la muerte del pintor y está todavía en su casa de Boulogne.

Después de 1865 el artista sufría de un reumatismo artrítico que le molestaba en sus movimientos. Pero desde que empezaba a pintar, la fe le daba una fuerza y una tranquilidad sobrenaturales que le hicieron producir maravillas, como su autorretrato a la edad de 79 años. Este fenómeno deslumbraba a sus amigos. Entre el retrato de 1815 y el de 1869 hay 54 años de pintura, una de las carreras más fecundas en la historia del arte.

<sup>1</sup> Notas manuscritas de Quinsac Monvoisin.

En el mes de marzo de 1870 cayó enfermo de bronconeumonía, que provocó su muerte el 26 de aquel mes. Fué enterrado en el cementerio de *Boulogne* con una ceremonia de gran sencillez. Los periódicos de París comentaron su desaparición como la de un fantasma que se creía desaparecido desde hacía tiempo. Reconocían francamente: "Se desconocen los trabajos que ha ejecutado durante los años pasados en el extranjero."

Pero en América su nombre no fué olvidado, ni por Benjamín Vicuña Mackenna en Chile, ni por Eduardo Schiaffino en la Argentina. En un artículo del *Mercurio* de Santiago del 16 de mayo de 1870, el gran prócer chileno anuncia así la muerte de Monvoisin:

"Un gran dolor para los que en Chile aman el arte. El fundador del gusto de la pintura en Chile, el ilustre Monvoisin, ha muerto en el pueblo de Boulogne, a una legua de París y en un rincón del hermoso bosque de aquel nombre. Conservó hasta lo último su razón, y si su mano temblaba bajo el peso de los años, cuando cojía el pincel recobraba todo el vigor de la juventud. El genio del arte revivía en su alma y en su cuerpo. Si Monvoisin no hubiera dejado más de cien telas más o menos hermosas, ¿esta última revelación no sería suficiente para probar que había sido un gran artista?" <sup>1</sup>.

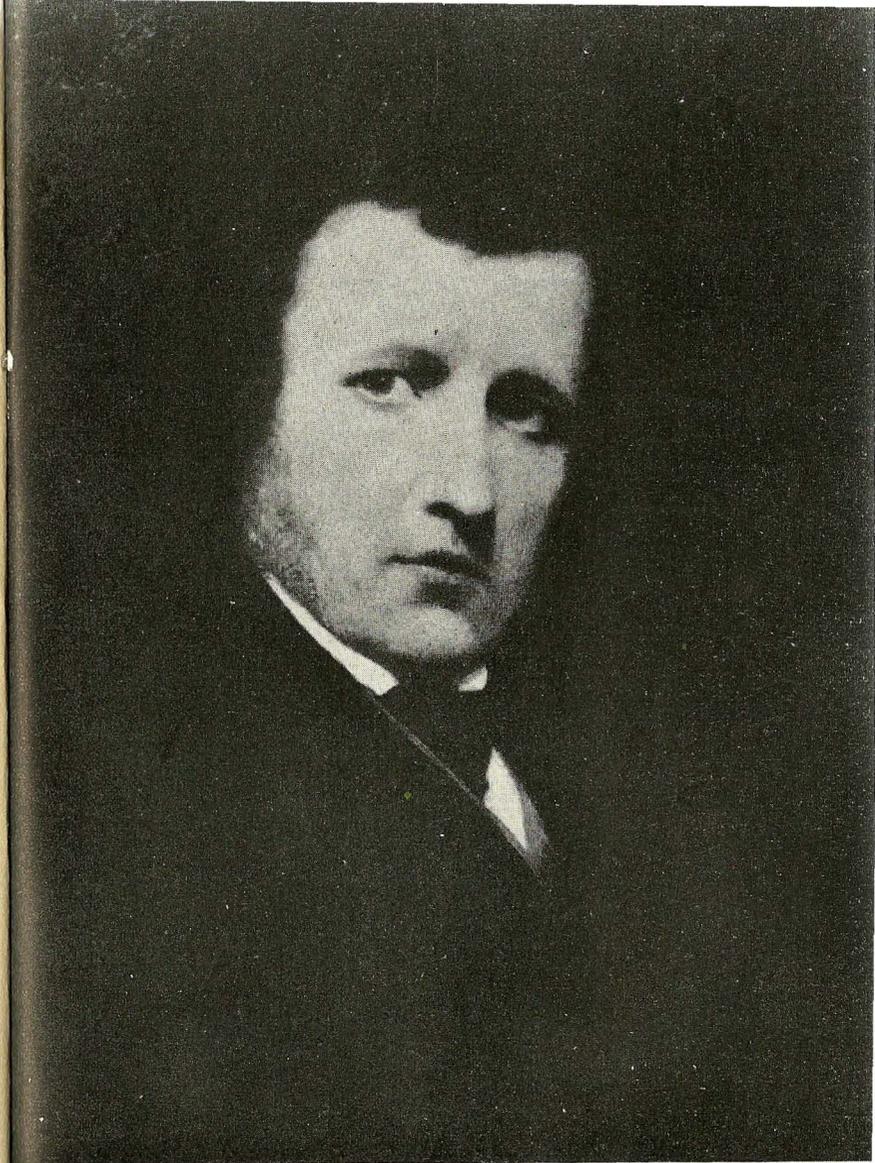
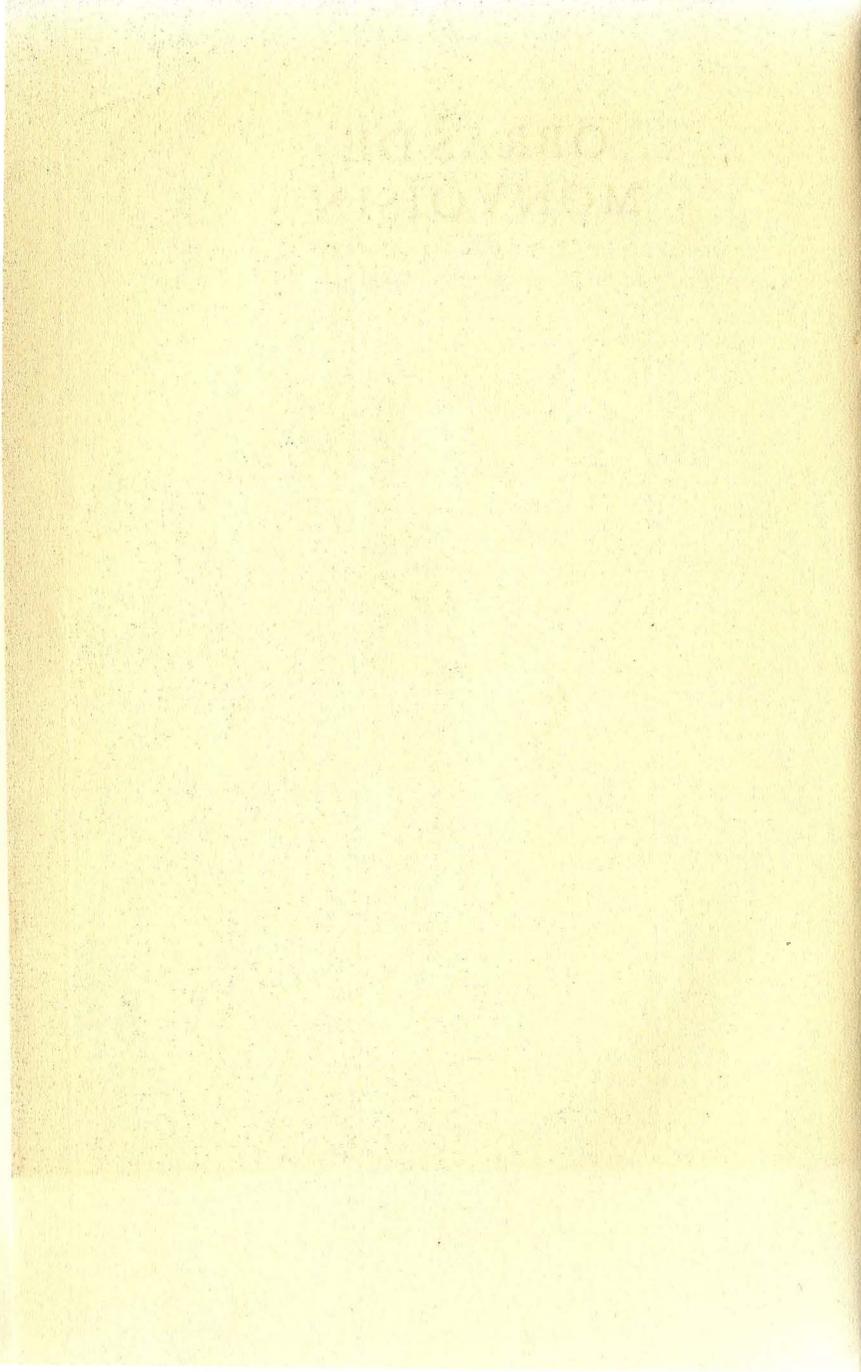
Hombre de gusto y de sensibilidad, pero llevado por el deseo de hacer fortuna en la isla de Jauja que era Chile entre 1843 y 1858, Monvoisin sacrificó a veces el puro ideal por la producción en serie. En su inmensa obra hay que hacer la separación de los momentos exquisitos y refinados de los que era capaz. Pocos pintores han sobrepujado el encanto del primer retrato de

<sup>1</sup> En castellano en el original. (N. de la T.)

la pequeña Blanca, la angustia que se escapa de los "Refugiados del Paraguay" y el exotismo a la vez bárbaro y civilizado del "Soldado de Rosas".

La expansión del arte francés y el despertar del interés por la belleza plástica en las naciones de América del Sur deben más a Quinsac Monvoisin que a cualquier otro hombre de su siglo.

## OBRAS DE MONVOISIN



*Autorretrato. (1839)*  
Colección Antonio Santamarina.



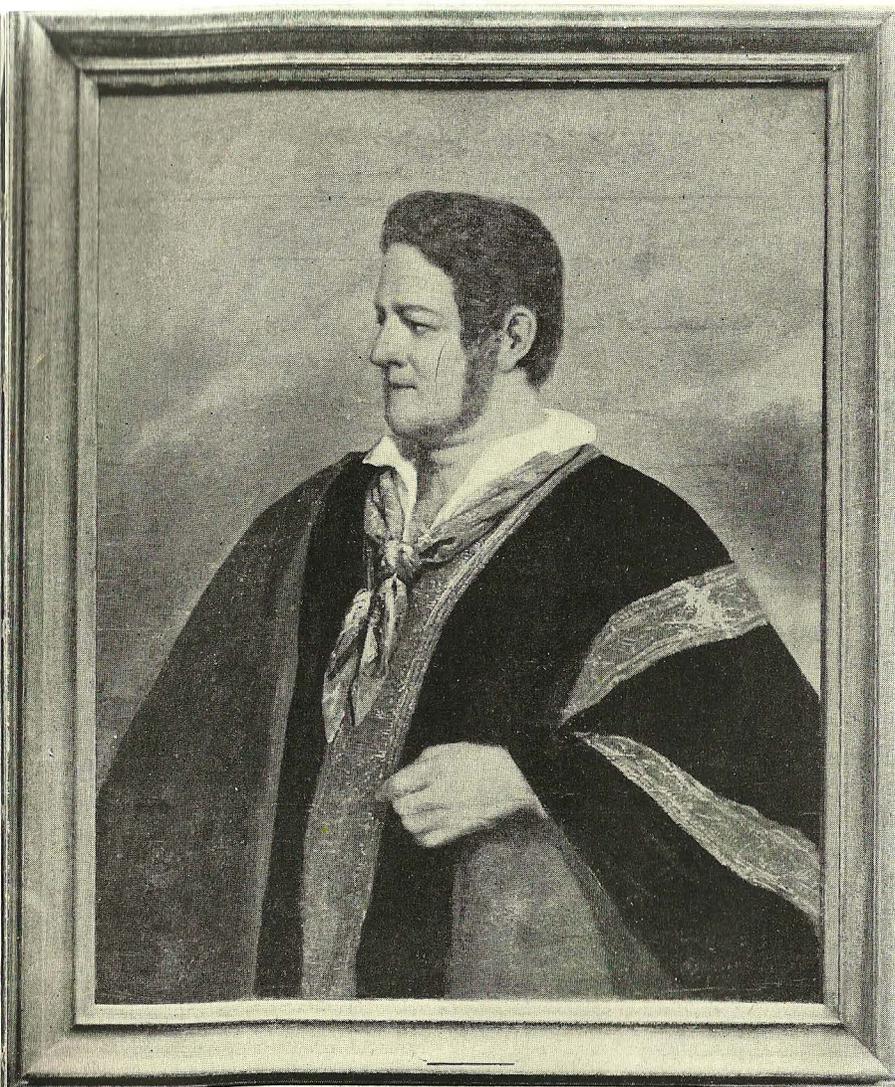
*La batalla de Denain. (1835)*



*Don Mariano Egaña, Primer Ministro plenipotenciario de Chile en Europa. (París, 1827)  
Colección señoritas Tupper Tocornal, Santiago de Chile.*



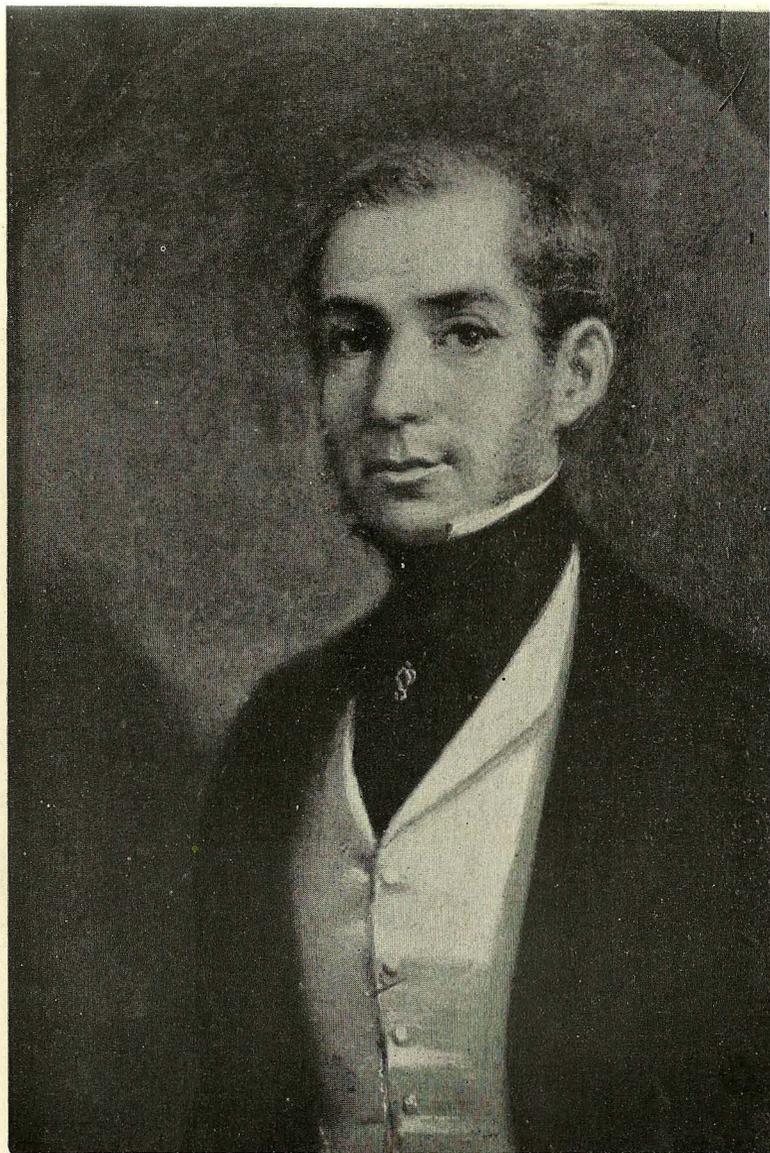
*Don José Manuel Ramírez Rosalea. (París, 1830)*  
Colección María Ramírez Cortés, Santiago de Chile.



*Retrato de Rosas.*  
Museo Nacional de Bellas Artes,  
Buenos Aires.



*El soldado de la guardia de Rosas. (1842)*  
Colección Dr. Miguel Ángel Cárcano.



*Retrato del Barón Enrique Picolet d'Hermillon,*  
Cónsul de Cerdeña en Buenos Aires.  
Colección Carlos Lezica.



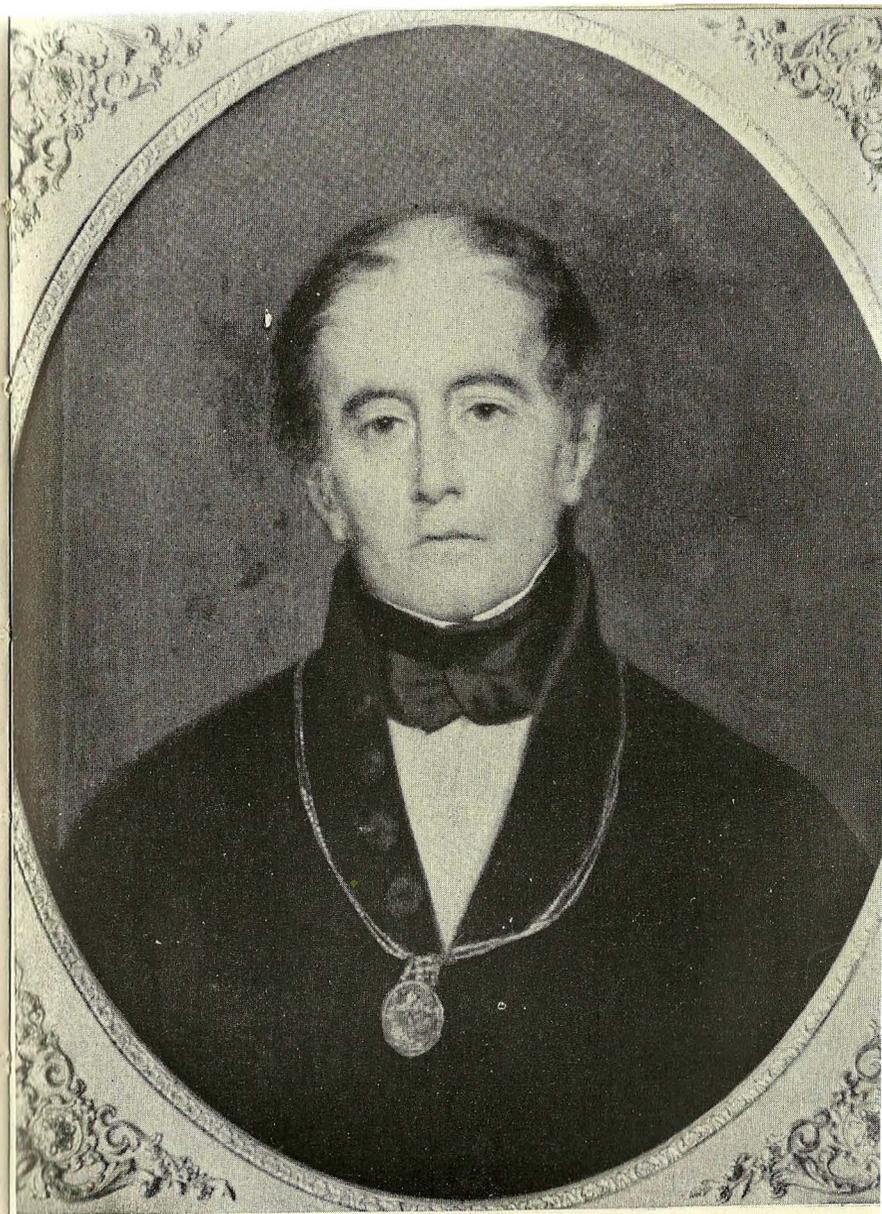
*El gaucho federal.* (1842)  
Colección Dr. Miguel Ángel Cárcano.



*Retrato de don Enrique Lezica y Thompson.* (1842)  
Colección Carlos Lezica.



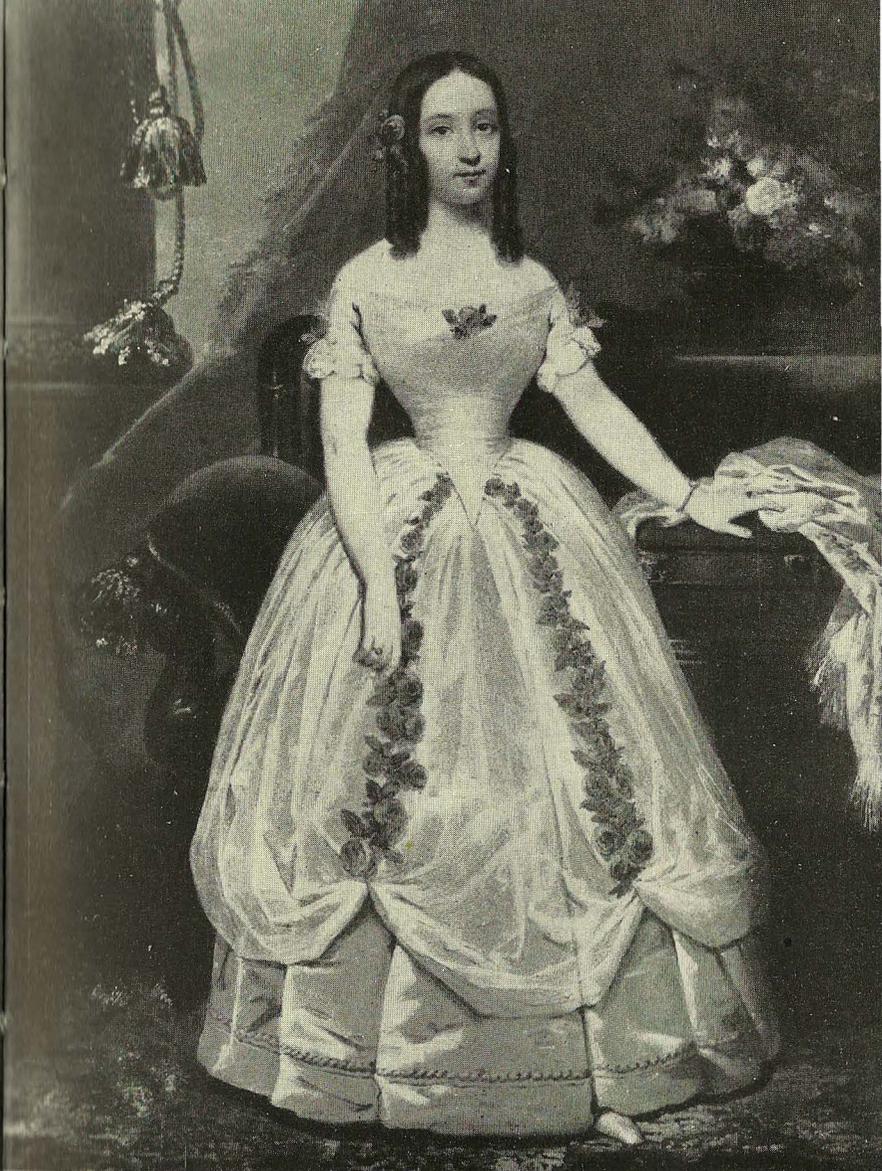
*Don Felipe Llavallol. (1842)*  
Colección Martín Llavallol



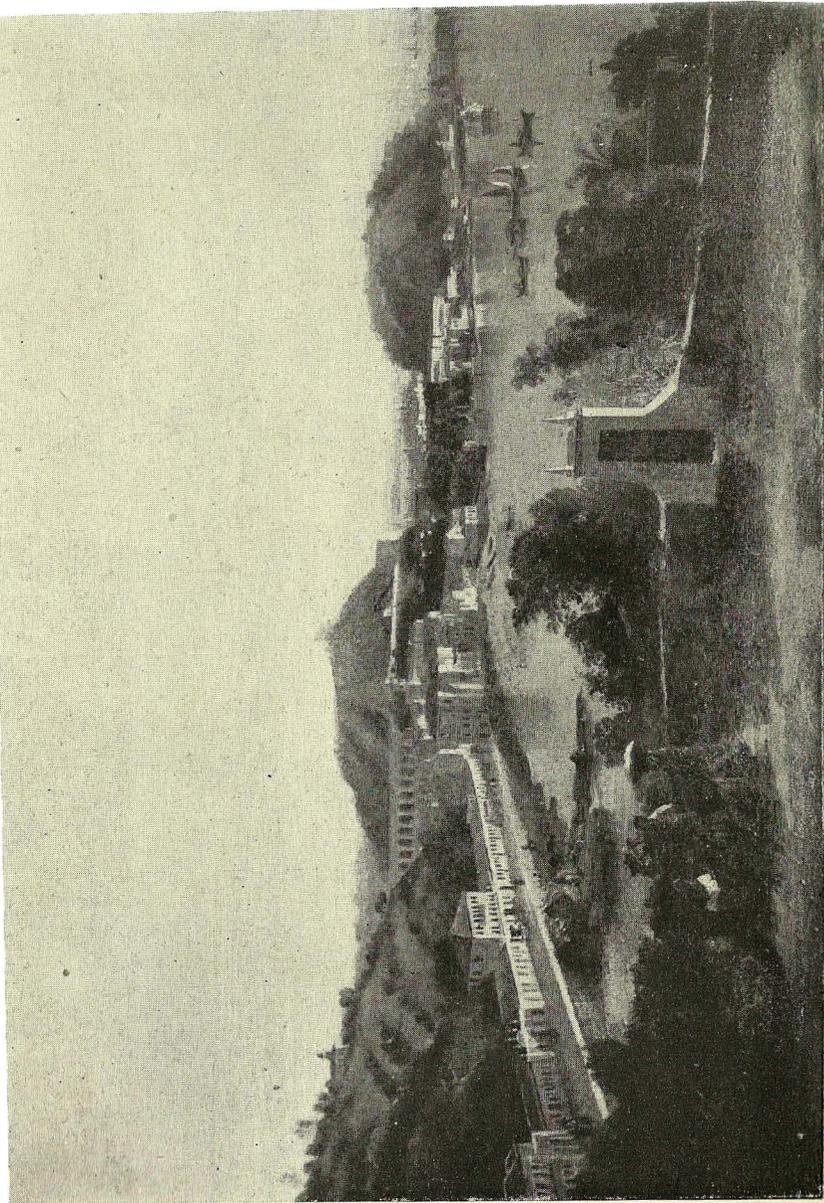
*Retrato de don Andrés Bello. (1844)*  
Colección Belisario Prats Bello, Santiago de Chile.



*El Teniente Coronel Tomás Tocornal. (1844)*  
Colección señora Tocornal de Claro, Santiago de Chile.



*Retrato de la señora Julia Codesido de Mora. (1846)*  
Colección de Emilio Bello Codesido.



*Paisaje de Río de Janeiro.*  
Colección Raymundo de Castro Maya.



*Los refugiados del Paraguay.* (1859)



Elisa Bravo, "La naufragée". (1860)  
Litografía.

## Í N D I C E

PREFACIO .....	7
CAPÍTULO I. Los años de preparación .....	9
CAPÍTULO II. Su carrera en Francia .....	16
CAPÍTULO III. La travesía .....	30
CAPÍTULO IV. Buenos Aires .....	32
CAPÍTULO V. La pampa y la cordillera .....	43
CAPÍTULO VI. Santiago .....	47
CAPÍTULO VII. Dos años de viajes .....	63
CAPÍTULO VIII. Río de Janeiro .....	70
CAPÍTULO IX. La segunda estada en Chile .....	77
CAPÍTULO X. El regreso a Francia y los recuerdos de América .....	89
OBRAS DE MONVOISIN .....	97

## COLECCIÓN BUEN AIRES

### *Imágenes y espíritu de América*

- 1.— Buenos Aires visto por viajeros ingleses, prólogo de Sigfrido A. Radaelli. (Nueva edición.)
- 2.— Cancionero del tiempo de Rosas. Selección de José Luis Lanuza. (2ª edición.)
- 3.— La Pampa. Selección y prólogo de Miguel D. Etchebarne. (Nueva edición.)
- 4.— Los Conversadores. Selección y noticia de Luis M. Baudizzone. (2ª ed.)
- 5.— Estados Unidos, por Domingo F. Sarmiento. (2ª ed.)
- 6.— Música sudamericana, por Carlos Vega.
- 7.— Viaje al Río de la Plata, por Ulrico Schmidl. (2ª ed.)
- 8.— Lira romántica sudamericana. Selección y prólogo de Manuel Mujica Lainez. (Nueva edición.)
- 9.— Relación del primer viaje de Cristóbal Colón, por Fray Bartolomé de las Casas. (2ª ed.)
- 10.— Antropofagia ritual americana, por Blanco Villalta. (En prensa.)
- 11.— Alós afro-brasileños, por Newton Freitas. (2ª ed.)
- 12.— Autobiografía de Manuel Belgrano. (2ª ed.)
- 13.— O'Higgins, por Enrique Campos Menéndez. (2ª ed.)
- 14.— Cancionero de Manuelita Rosas. Selección y notas de Rodolfo Trostiné.
- 15.— Mitos sobre el origen del fuego en América, por Sir George James Frazer. (2ª ed. en prensa.)
- 16.— Cancionerillo de Amor. Selección y prólogo de Alberto Franco. (2ª ed.)
- 17.— Retablo de Navidad. Selección, prólogo y notas de Alberto Franco. (2ª ed.)
- 18.— Médicos, magos y curanderos, por Luis Gudiño Kramer. (2ª ed.)
- 19.— Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas, por el P. Cristóbal de Acuña. (2ª ed.)
- 20.— El Norte. Selección y prólogo de Bernardo Canal Feijóo. (2ª ed. en prensa.)

- 21.—Instantáneas de historia, *por José Luis Lanuza.*
- 22.—Aventuras de Jaime Rasquín, *por Enrique de Gandía.* (2ª ed.)
- 23.—Los Braganza, *por Newton Freitas.* (2ª ed.)
- 24.—Viaje por el Virreinato del Río de la Plata.
- 25.—Vida de San Martín, *por Eugenio Orrego Vicuña.* (2ª ed.)
- 26.—Las realidades de la Atlántica, *por J. Imbelloni.* (En prensa.)
- 27.—El general Miranda, *por Carlos A. Pueyrredón.* (2ª ed.)
- 28.—Tihuanacu. *Selección y prólogo de Gustavo Adolfo Otero.*
- 29.—Iconografía argentina, *por Alejo B. González Garaño.* (2ª ed.)
- 30.—Poetas argentinos en Montevideo. *Selección y prólogo de Manuel Mujica Lainez.*
- 31.—Pueblos primitivos de Sudamérica. *Selección y prólogo de Armando Vivante.* (2ª ed.)
- 32.—Vida de Brown, *por Héctor R. Ratto.*
- 33.—Santa Rosa de Lima, *por Leopoldo Marechal.* (2ª ed.)
- 34.—La Patria desconocida, *por Fernández Moreno.*
- 35.—La Asunción de antaño, *por R. de Lafuente Machain.*
- 36.—Vida de Bolívar, *por Pablo Rojas Paz.* (Nueva edición.)
- 37.—Celebridades argentinas y americanas, *por Ricardo Levene.*
- 38.—Antiguas ciudades de América. *Selección y prólogo de Emma Felce y León Benarós.* (2ª ed. en prensa.)
- 39.—El amor en la Conquista, *por Federico Fernández de Castillejo.*
- 40.—San José de Flores, *por Fernández Moreno.*
- 41.—Fábulas nativas, *por Joaquín V. González.* (2ª ed.)
- 42.—Las dos fundaciones de Buenos Aires, *por Enrique Larreta.*
- 43.—La ciudad encantada de la Patagonia, *por Ernesto Morales.*
- 44.—Julio Verne y América. *Selección y glosas de César Fernández Moreno.*
- 45.—Memoria autógrafa de Cornelio Saavedra.
- 46.—El cielo en la mitología americana, *por Félix Molina-Téllez.*
- 47.—Voces de supervivencia indígena, *por Julio Aramburu.*
- 48.—Patagonia. *Selección y prólogo de Teodoro Caillet-Bois.*
- 49.—La Madrid, el valor legendario, *por José Gabriel.*
- 50.—Viaje a América, *por el Vizconde de Chateaubriand. Selección de Sigfrido A. Radaelli.*

- 51.—Viaje de Magallanes y de Sebastián de Elcano, *por Martín Fernández de Navarrete.*
- 52.—La Campaña de los Andes, *por Carlos A. Pueyrredón.*
- 53.—Sor Juana Inés de la Cruz, *por Clara Campoamor.*
- 54.—Locos de verano, *por Gregorio de Laferrère.*
- 55.—Manual de la lengua pampa, *por Federico Barbará.*
- 56.—Impresiones sobre la Argentina, *por Edmundo de Amicis.*
- 57.—Los viajes de Cartier al Canadá.
- 58.—San Juan, *por Juan Pablo Echagüe.*
- 59.—Mitre en estampas, *por Adolfo Mitre.*
- 60.—Los hermanos Pinzón en el descubrimiento de América, *por Cesáreo Fernández Duro.*
- 61.—Santa María del Buen Aire, *por Enrique Larreta.*
- 62.—La expedición de Malaspina, *por Héctor R. Ratto.*
- 63.—Vasco Núñez de Balboa, *por Manuel José Quintana.*
- 64.—El compadrito, *selecc. de Sylvia Bullrich y Jorge Luis Borges.*
- 65.—Bernardino Rivadavia, *por Juan María Gutiérrez.*
- 66.—Lincoln, *por Enrique Campos Menéndez.* (Recomendado por el Club "El Libro del Mes", en agosto de 1945.)
- 67.—De la cabaña al rascacielos, *por Mario J. Buschiazzo.*  
From log cabins to skyscrapers. (*Versión inglesa de la obra precedente, por Osvaldo Moyano.*)
- 68.—Salta, *por Miguel Solá.*
- 69.—Leyendas americanas, *por Fernán Silva Valdés.*
- 70.—Martí o El genio humilde, *por José María Capo.*
- 71.—El reino de Araucanía y Patagonia, *por Armando Braun Menéndez.*
- 72.—Camino de América, *por Agustín Zapata Gollán.*
- 73.—El Popol-Vuh, *por Arturo Capdevila.*
- 74.—Lima, ciudad de los reyes, *por Aurelio Miró Quesada.*
- 75.—Bulnes, *por Alfonso Bulnes.*
- 76.—Pájaros criollos, *selecc. de León Benarós.* (Recomendado por el Club "El Libro del Mes" en marzo de 1947.)
- 77.—El general Quiroga, *por Ramón J. Cárcano.*
- 78.—Viaje pintoresco a través del Brasil, *por Juan Mauricio Rugendas.*
- 79.—El gaucho, *selecc. de Eduardo Jorge Bosco.*

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE  
IMPRIMIR EL CATORCE DE  
SEPTIEMBRE DE MIL NOVE-  
CIENTOS CUARENTA Y NUEVE,  
EN LOS TALLERES GRÁFICOS  
DE LA CÍA. IMPRESORA AR-  
GENTINA, S. A., CALLE AL-  
SINA 2049, BUENOS AIRES.

EMECÉ EDITORES, S. A.  
SAN MARTÍN 427 — BUENOS AIRES